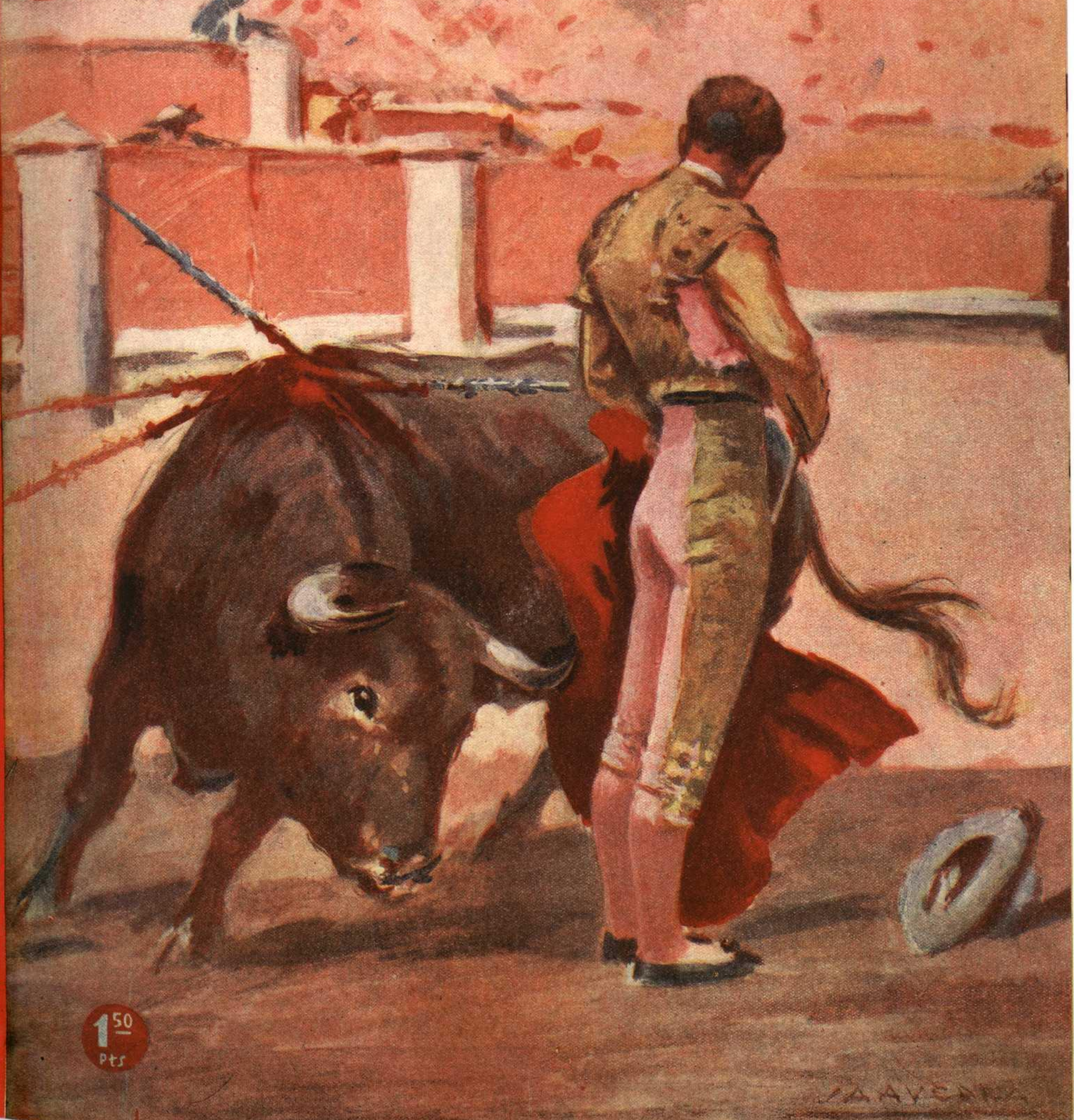
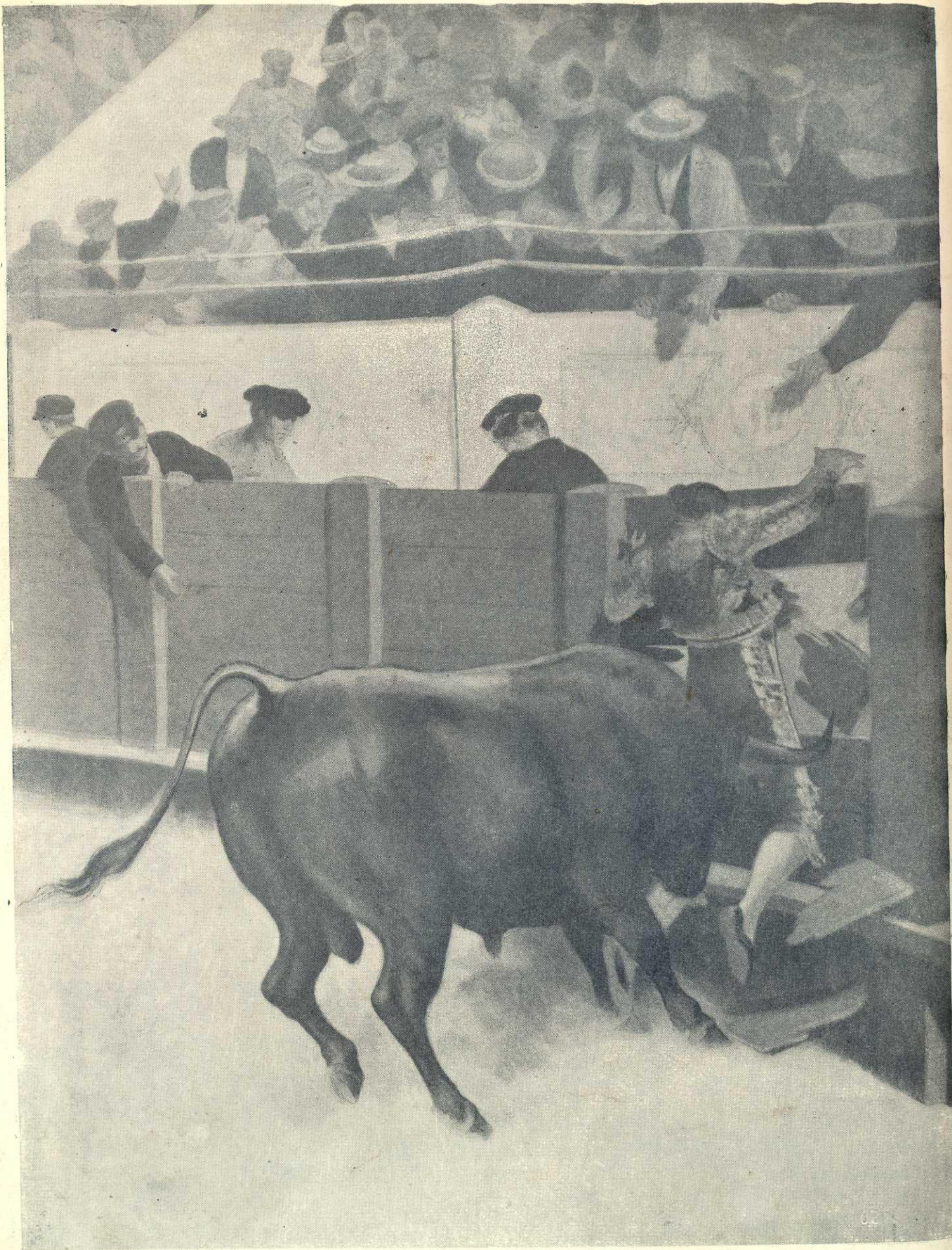


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

JAVER



Cogida de Armilla
(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



FESTIVAL BENEFICO EN NAVALCARNERO

Domingo Ortega, Pepe Bienvenida, Rafael Albaicín y Angel Luis Bienvenida, que tomaron parte en el festejo taurino del domingo, momentos antes de comenzar la lidia, preparados para hacer el paseo de sus cuadrillas

(Foto M. Arce)

SUERTES DEL TOREO

UNA BUENA VARA

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II - Madrid, 14 de febrero de 1945 - Núm. 36

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Es muy posible que las novilladas desaparezcan. Creo sinceramente que están llamadas a desaparecer, que se encuentran ya en trance de muerte.

Partes interesadas en la fiesta han manifestado —algunas públicamente— que en la temporada de 1945 habrá muchas más corridas de toros que en la pasada, pero que disminuirán las de novillos. Apenas se medite un poco en las circunstancias que hoy rodean a nuestra fiesta, se llegará a la conclusión de que

los empresarios, para cumplir compromisos adquiridos y para dar entrada en sus carteles a las novedades ultramarinas —a lo que, naturalmente, les estimula la idea de realizar buenos negocios—, tienen que aprovechar casi todas sus fechas para fiestas mayores.

Esta consideración ha debido de pesar en el ánimo de la grey novilleril y en el de sus apoderados, y aquí tienen ustedes agravado de pronto ese mal de las alternativas prematuras del que el otro día hablaba en *Marca* nuestro querido compañero Barico.

Pero la cuestión tiene un fundamento más remoto. Si se recorren unas cuantas biografías taurinas de todos los tiempos, se observará cómo se han ido acortando las distancias entre el momento de la aparición de un diestro y el de la toma de alternativa. Al hecho incuestionable fueron contribuyendo, sin duda, realidades como éstas: lo que hoy se llama sin rodeos degeneración del toro, que es de siempre, y la gloria y la fortuna reservadas para los triunfadores, que son de siempre también, fueron aumentando en progresión geométrica hasta nuestros días. Es lógico que quienes llegaban a la fiesta con la ilusión y la esperanza de triunfar meditasen tan importantes extremos y tuvieran prisa en llegar, prisa cada vez mayor conforme se acercan nuestros días.

La observación, e incluso el estudio que un novillero pudiera hacer sobre los diestros de alternativa que él conoce, le llevará a conclusiones nada ejemplares, de las que pueda extraer una norma, pues se encontrará con que él se doctoró «cuajado» y aplaudido y se hundió de matador; se encontrará con el que abrevió tiempos y distancias para llegar a la alternativa y consiguió triunfar de doctor, y los casos totalmente opuestos, que no es preciso explicar.

Por otra parte, estamos acostumbrados a oír en los tendidos que se llama viejo a un novillero de veinticinco años. «Ese —se dice— tiene ya los huesos muy duros. ¡No hay nada que hacer!»

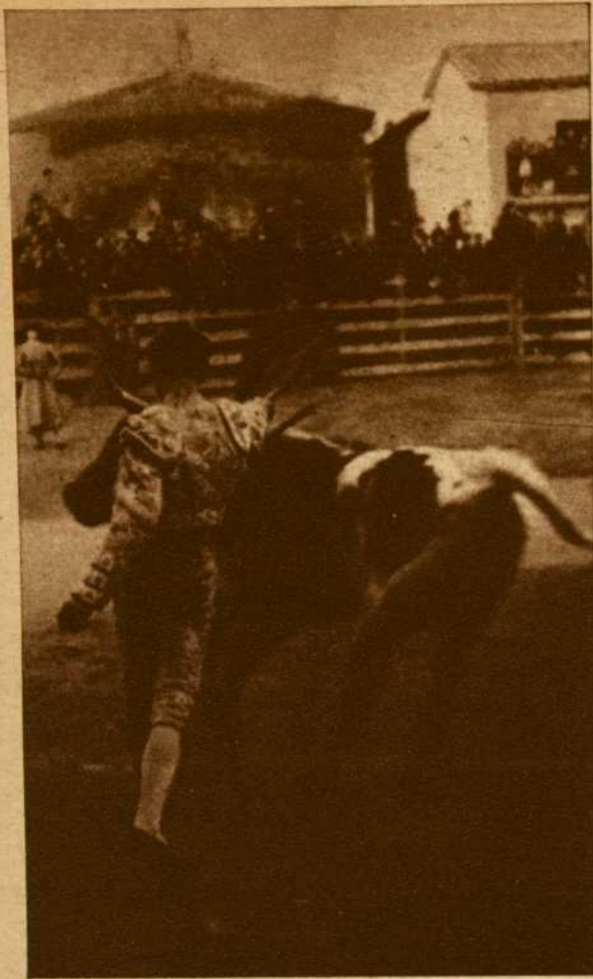
Tengo un amigo inteligentísimo y culto aficionado que suele exclamar: «Los toreros de verdad necesitan tener que afec-tarse dos veces al día y torear toros de siete años». Pero él admira singularmente a Pepe Luis Vázquez y a Pepín Martín Vázquez y los aplaude entusiasmado cuando los ve torear los toros que torear todos: los de cuatro años.

Estas son otras realidades que precipitan a los novilleros hacia la alternativa: toros jóvenes para toreros jóvenes.

No sé, en definitiva, si cuanto deshilvanadamente llevo escrito es bueno o malo para la fiesta; pero me ha parecido oportuno indicarlo, como en esquema, a los aficionados, que son, al fin, quienes han dado a la fiesta su tono actual y quienes marcan su pauta.

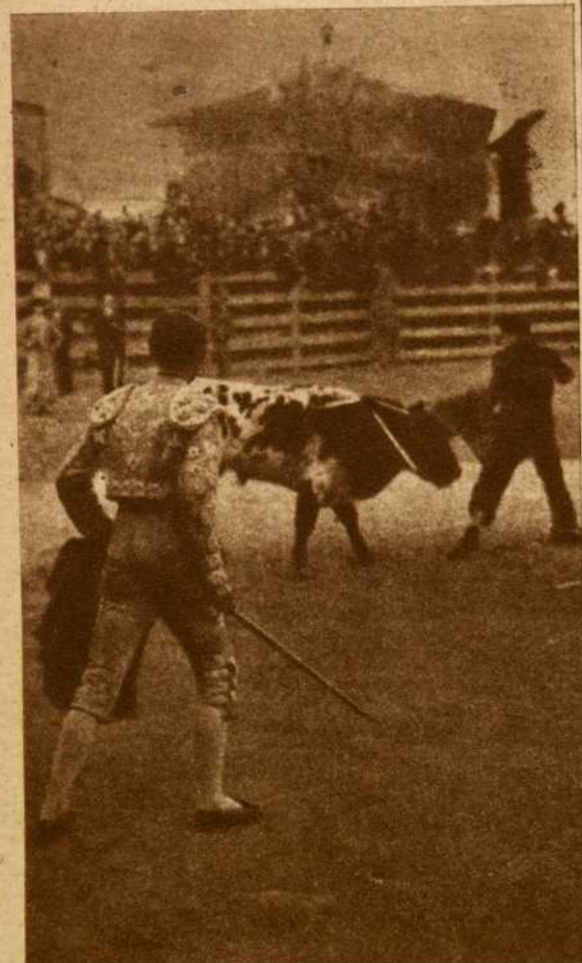


EN ESTE NUMERO
TOROS EN LA SERRANIA.—Morenito de Talavera y Maravilla hablan con Pepe Nieto, en un descanso, en el festival celebrado el domingo en Valdemorillo (Información en la página 24) (Foto Manzano)



El novillero Jerezano en un pase de pecho a uno de los novillos que le correspondió en suerte

PUES señores, ha quedado inaugurada la "temporada". Ha sido con motivo de las fiestas de Santa Agueda y en el lugar de Valdemorillo, provincia de Madrid. Dada la proximidad con la capital, la "corrida" reviste caracteres de alguna trascendencia, ya que un buen número de aficionados y toreros, con el afán de presenciar la "primera del año", se trasladan al vecino pueblo citado. Es condición indispensable, para torear en esta novillada, ser novel, y por ello, este año, José Guerra y Jerezano han sido los encargados de pasaportar los novillos. Lo hicieron éstos con aseo, pues el gana-



Los espontáneos se prodigaron. En esta foto los vemos llevándose al bicho mientras el matador observa

"TOROS" EN VALDEMORILLO Corrida alrededor de una farola



Uno de los momentos característicos de la fiesta de Santa Agueda, en Valdemorillo, es el de llevar los toros a Plaza. Aquí, la cámara del fotógrafo ha captado la llegada del ganado a las proximidades de aquella, seguidos algunos "atrevidos"



No es que esté llamando al sereno, porque el portal está cerrado. El toro, de lo que trata es de alcanzar a estos tres mozos, que al ver venir al bicho se disponen a alcanzar el balcón y, si es preciso, el tejado



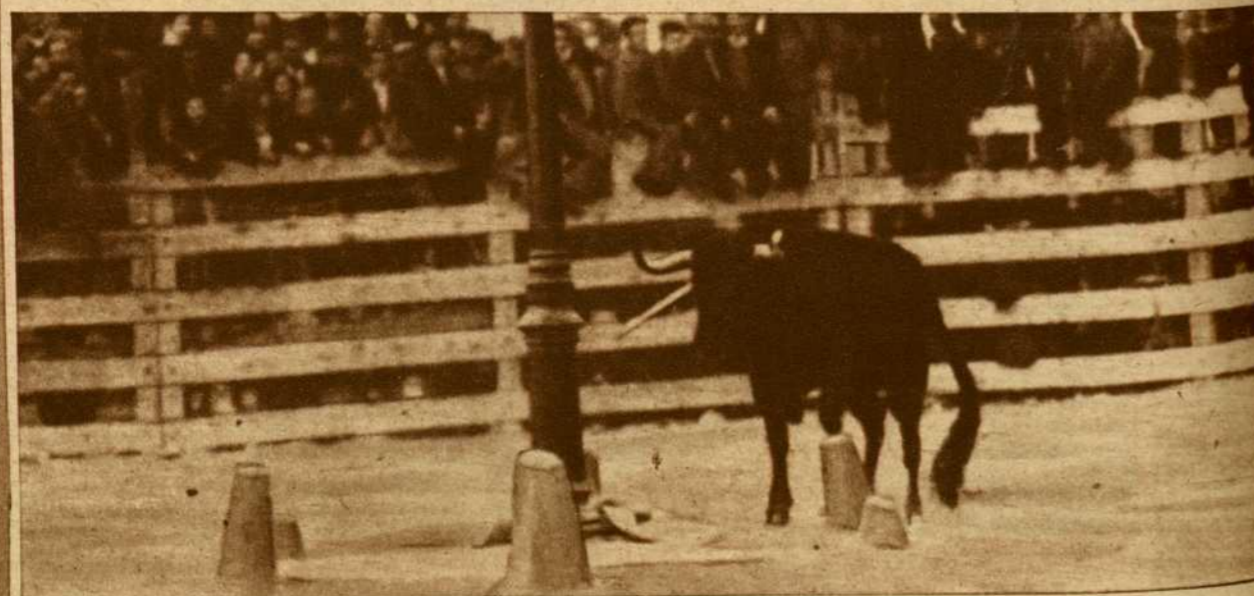
La fiesta va a dar comienzo, y las cuadrillas, con José Guerra y Jerezano al frente, hacen el pasefello

EL PRIMER festejo taurino con trajes de luces celebrado en el año 1945

JOSE GUERRA y JEREZANO han inaugurado la "temporada"



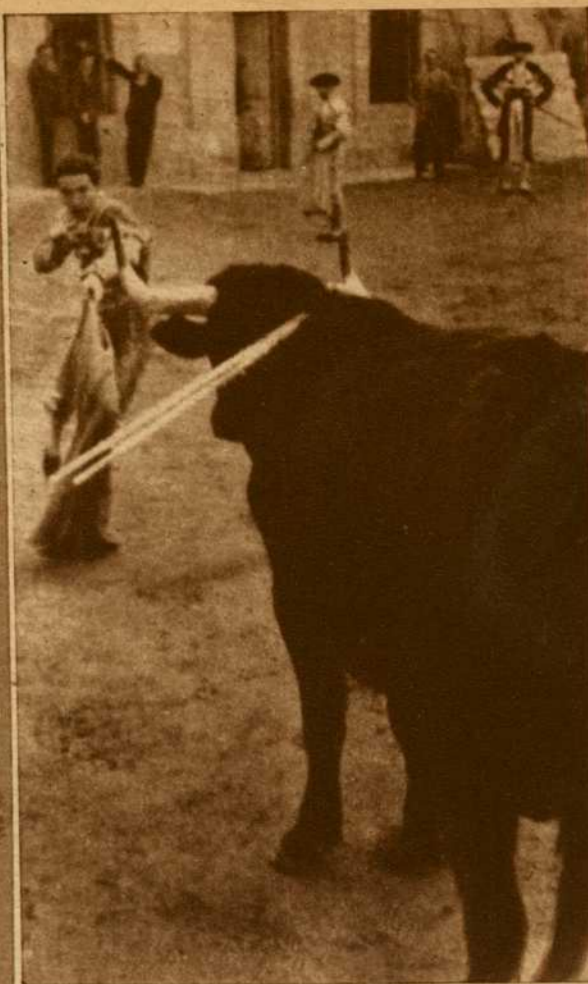
José Guerra tanceando con quietud y temple a uno de los astados que se corrieron



No necesitan los toros en esta Plaza de los burladeros ni el capote del peón que le lleve a ellos para, congestionados en el golpe. Aquí hay una columna en el centro, y el toro embiste contra ella, como si se tratase de su peor enemigo como puede observarse en la foto



Y si los sucesos a través de la "corrida" dieron lugar en muchas ocasiones a la risa general, el final es de apoteosis. A falta de mulillas para arrastrar al toro, son los mozos del pueblo los que, provistos de una maroma, tiran de él hasta la carnicería más próxima



José Guerra entra a matar al novillo que le cayó en suerte. Los espectadores de la foto anterior ya han bajado del balcón

do, de tamaño y malas condiciones, no se prestó a lucimientos. Por otra parte, tan lejos de la temporada anterior, y teniéndose que mover alrededor de un farol, no es fácil ponerse en situación, ambientarse y dar el do de pecho. Por eso, el público se conformó y aplaudió la labor de los espadas, celebrando con risas los accidentes grotescos que, debido a las condiciones del ruedo (?), se sucedieron, y de los que damos alguna muestra en la presente información gráfica, que, en fin de cuentas, nos ahorra muchas palabras, ya que por ella se puede juzgar claramente.



Una parte del público que presenció el festejo. Entre él vemos a Morenito de Valencia, Mario Cabré, Parrao y Antoñete Iglesias. (Fots. Martí)

SIN VISTO BUENO

Estos artículos de invierno...

Por EL CACHETERO



MIREN ustedes por dónde esta crónica hebdomadaria de hoy, si se encabeza bajo el título genérico de "sin visto bueno", lo va a ser por razones de pura rutina. La verdad es que hoy mismo rogaría al director que la suprimiese y que se esperase ya al curso flamante de la temporada que alborota, si no fuera porque creo que aun podrá servir antes de que suene el primer clarín en las arenas. ¿Bajo qué rúbrica, si no, iban a quedar las declaraciones anuales que la Empresa de Madrid nos suele hacer al filo de marzo, cuando los árboles comienzan a reverdecer y las gollondrinas afinan su rumbo hacia nosotros? Uno bien quisiera aplaudirlas y

ponerse a tono con ese optimismo desorbitado que suelen contener, pero el mero recuerdo del resultado de tanto propósito en años anteriores nos tiñe la pluma del más negro escepticismo. No hay, pues, más remedio que esperarlas, como se espera la primavera y la ocasión de lucir trajes claros, pero, por las trazas, no alzar el "sin visto bueno", por cuanto, irremediablemente, será el mejor sombrero que les puede caer encima al comentarlas.

Fuera de ello, hoy me encuentro con que el "sin visto bueno" no cubre a nada concreto y definido. Nada hay en el panorama que se descubre al enfilar el planeta taurino —que diría mi gran amigo Díaz-Cañabate— que no se vea bien. Nada hay que se vea mal. Expliquemos un poco, a renglón seguido, que las cosas que se ven son las mismas que se veían y que han ido apareciendo en esta picota semanal. Más aún, ellas y las a ellas concomitantes no se han agotado, ni mucho menos, y ya no este paréntesis de temporada a temporada, sino temporadas enteras, puede hablarse de ellas sin repetirse en el tema, aunque sí, y mucho, en sus fundamentos genéricos. El ochenta por ciento de los temas descansan en el fundamento de que los toros actuales y los por venir son, y van a ser, remedos o caricaturas de lo que un toro debe ser. El tanto por ciento restante lo constituye el que toda la gente que vive de la fiesta de toros ha dado en ganar el dinero lo más cómodamente posible. Esto lo han hecho, en puridad, en todos los tiempos, aunque en los actuales hayan señalado un avance muy notable de las fronteras de la comodidad y la posibilidad. La gente del toreo ha pretendido siempre pescar las truchas con las bragas lo más enjutas posible, y ahora lo hacen con las más tenuis salpicaduras de agua que se conocieron.

Todo esto, o sea todas las derivaciones concretas de estas corrientes, entra en el "sin visto bueno", y así podían repetirse en número tan infinito como las arenas de las playas. Pero ocurre que este que firma se va cansando ya de hacerlo, no de pensarlo. Se va cansando de poner interés en ello, interés en un oficio en el que se le atribuido el papel de "malo", o sea personaje de mala vista o, cuando menos, exigente y antipático. Y se va cansando de escribir cosas abstractas, y por lo que va —aunque nunca tuve el optimismo de pensar lo contrario—, absolutamente inútiles. Por inútiles tengo hoy todas las escritas en dos inviernos ya, sin más que un leve resquicio de utilidad, que a estas alturas no alcanza a justificar una cosa semanal que va camino de convertirse en una tabarra a fuerza de repetirla. La levísima utilidad sólo alcanza a la justificación personal. Yo, más o menos, ya tengo suficientemente explicada mi visión actual de la fiesta, y al que se extraña luego del tono o diapason de mis escritos de temporada, le podría abrumar bajo una batumba de artículos. Ahí están, y al que le parezcan bien, que siga su rumbo, que yo no tengo demasiada vocación de conductor de muchedumbres, por taurinas que sean. Ellas son, en definitiva, las que condicionan el momento actual del toreo. Si les influyen más artículos en algo, ya se notará, y, en caso contrario, no hay por qué escribirlos. Pero que todos sepan que si en algún punto concreto no les gusta que a Fulano o Mengano los enjuicie de algún modo, se debe a que veo el toreo conforma ya he expuesto con verdadera contumacia.

Hoy el "sin visto bueno" va para mis artículos y para la antipatía que el ír contra la corriente haya podido granjearme. Muy pesimista está uno por esta vez, y a lo mejor acabaremos por remontar esta crisis. Quizá sea porque sólo pesimismo encuentro en el ambiente, como si la Empresa de Madrid hubiese acaparado todo el optimismo que existía en el mundo para venderlo en esas sus inefables declaraciones de principio de curso.



EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNÁNDEZ PETIT

FEBRERO

14

MIERCOLES

COMPRENDO perfectamente que todos los autores teatrales deseen equipararse a Benavente. Y que cuantos se dedican al canto sueñen con ser un día tanto o más que Tino Rossi, Beniamino Gigli o Frank Sinatra, causante éste de centenares de desmayos de jóvenes espectadoras. Comprendo asimismo que todos los extras de cine a la vista de Gary Cooper o Rafael Durán, se digan: «¡Cuando yo llegue!...» Y también me parece lógico que todo «capitalista» quiera llamarse de tú con Manolete. En realidad, muchos, casi todos, se quedan en el camino. Algunos —es verdad— llegan. De entre los que alcanzan la categoría de matadores de alternativa, hay quienes, pasados los años, sólo se les recuerda en el

papel secundario que con anterioridad desempeñaron y para el que nacieron. Tal es el caso de Valentín Martín, magnífico peón de confianza durante siete años a las órdenes de Frascuelo; matador de toros sin pena ni gloria, y asesor un tiempo de la Plaza de Toros de Madrid, villa donde nació el día 14 de febrero de 1854.

Un 15 de este mes en que vivimos, el del año 1883, murió El Coracero. Consignamos el apodo porque se dió a conocer en vida Manuel Carrión y lamentamos que no haya tenido resonancia otro por el que algún crítico le ha denominado: «Tumba-toros». Parece ser que con el estoque «no encontraba hueso».

Y recordemos ahora que se llamaba Jocerero, con hierro de Miura, el toro que mató a Pepete I. Uno de sus banderilleros, Juan Yust, que durante más de dos lustros brilló tanto como en nuestros tiempos Magritas, Joaquín o Iglesias, al quedarse sin matador por designio de la Parca, actuó primero con Gordito y por último con Lagartijo el Magno. Entonces, el matador era de verdad casi un padre para los subalternos. Como un padre, al ver Lagartijo imposibilitado, muy enfermo, a Juan Yust, le dijo: «Tú, ¡a Córdoba!» Y sin preocupaciones económicas, bendiciendo de palabra al mataor, murió el 16 de febrero de 1874 un banderillero de cuerpo entero que gozó de merecida y general simpatía.

El 17 de febrero de 1787 —de febrero!— se presentó como novillero en Madrid José Castro y Vázquez. A imagen y semejanza del Guadiana, se le tragó la tierra poco después de las corridas reales para solemnizar el advenimiento de Carlos IV, y puede decirse que no reapareció hasta derramar toda su sangre por la independencia de España en la francesada de 1808. Este era su trágico destino, y aunque sólo sea por ello, bien merece que los aficionados a la fiesta nacional recordemos a aquel que en vida se llamó José Castro y Vázquez.

18 de febrero de 1818. ¡Vaya en homenaje y emocionado recuerdo de Julián Casas, mal llamado Salamanquino, puesto que fué en esta fecha y en Béjar donde nació, al igual que el que esto escribe! En verdad, no llegó, en cuanto a hazañas taurinas, a Cúchares, aunque, por caerle en gracia, éste le protegió, haciendo que torease con frecuencia en Andalucía y hasta en Madrid. Pero fué todo un barbián y un bravo de pelo en pecho. Para demostrarlo, un botón de muestra: con sesenta años salió a torear vestido de luces en 1878, con motivo de las corridas reales. Y otro: fué al Perú y a su vuelta el mar se mostró con cara de vinagre. A punto de zozobrar el barco, el capitán ordenó: «¡Todos a las cuerdas!» Julián, mi paisano, alegre como era, se apresuró a abrazar su guitarra y se arrancó por malagueñas.

El 20 de febrero de 1895 nació en Sestao Diego Mazquiarán, Fortuna, no sabemos de qué. Estampa de torero viril, seco y pundonoroso, fueron estas sus características, al igual que las del Señorío en que nació. Somos muchos los que recordamos su enconada lucha contra los toros «para ganarse al público»; su modestia; su Cruz de Beneficencia, bien ganada al matar un toro desmandado en plena Gran Vía. Desde EL RUEDO le rindo homenaje de admiración.

Y, en fin, el día 20 de febrero de 1887 nació en el pueblecito sevillano de Tomares Ricardo Torres, número dos de los Bombita. Pero el papel no da más de sí y de él tendremos ocasión de ocuparnos más adelante.

FEBRERO

20

MARTES



AGUADO DE CASTRO siente verdadero temor a las molestias de la popularidad

El 25 de marzo tomará la alternativa en Barcelona de manos de Pepe Bienvenida



manos un capotillo y le invitaron a que diera unos lances.

Ante mi interrogante, continúa Aguado:

—Cité por derecho al becerro, y cuando se me arrancó aguanté la embestida y obtuve un lance que causó el entusiasmo de los espectadores. Y como si lo hubiera hecho toda la vida, continué poniendo en práctica cuanto venía haciendo ante los espejos de la sastrería.

—¿Cómo le sentó a usted la determinación de su sobrino?

—Cuando vinieron los diestros haciéndose lenguas de las aptitudes de éste, me enfurecí —pues siempre aspiré a que me sucediera en el negocio—, lo cogí de un brazo y nos fuimos a Alcobendas. Y cuando yo esperaba una fuerte paliza administrada por los brazos paternos, vi que éstos se abrieron para abrazar al hijo ante el cambio de rumbo emprendido.

Regresé a Madrid, decidido a no seguir oponiéndome por más tiempo. Y desde entonces nos metimos de lleno el uno a torear y el otro a defender los intereses del torero.

Empecé a torear —dice Aguado— novilladas sin caballos en 1942. Al

año siguiente ya toreé cinco con picadores y en la pasada temporada he sumado treinta y cinco corridas, perdiendo otras cinco por mi cogida de Bilbao.

—¿Cuántas orejas cortó el año pasado?

—Veintiuna. Mi mejor tarde se reparte entre una en Albacete y otra en Barcelona. En ésta el mérito fué mayor si se tiene en cuenta que al toro que corté las orejas había sido fogueado.

—Todo esto está muy bien; pero ¿quiere decirme por qué no lo hemos visto todavía revalidar sus triunfos en Madrid?

—Por el gran respeto que siento hacia mis paisanos. Para mí, comparecer ante ellos es venir a realizar las máximas oposiciones al título de torero efectivo. Y a este examen sólo vendré cuando tenga bien aprendidas todas las papeletas.

—¿Cuándo cree que se verificará su comparecencia?

—En la próxima primavera. Para entonces ya habré tomado la alternativa en Barcelona. Según don Pedro Balaña, ésta tendrá lugar el 25 de marzo. De padrino actuará Pepe Bienvenida, y Arruza de testigo. Y después de haber toreado tres o cuatro corridas de toros, no sé yo quien oponga dificultades a la Empresa madrileña.

—¿En qué Plazas ha toreado más complacido hasta la fecha?

—En Zaragoza y Barcelona puedo decir que me hice torero. Entre una y otra actué diecinueve veces, y sería un ingrato si olvidara las numerosas pruebas de afecto que inmerecidamente me han dispensado catalanes y aragoneses.

—Como sé por adelantado que es usted un formidable muletero, me abstengo de preguntarle su ejecución favorita; pero en su defecto, ¿quiere decirme cuál cree susceptible de mejora?

—La suerte de matar, que aunque procuro hacer perfecta la reunión con el toro, y casi siempre lo consigo, durante mucho tiempo, por resentirme

de un fuerte golpe sufrido en la mano derecha, no conseguía imprimir fuerza a la espada. Pero ya estoy por completo restablecido.

—¿Recuerda cuándo experimentó en el toreo su peor impresión?

—Tan pronto terminé mi cometido en el festival celebrado en octubre por la Delegación Nacional de Excautivos. Me fué a torear un toro muy corto de cuello y con la cabeza por las nubes, al que los picadores castigaron poco.

—Y percances, ¿cuántos lleva sufridos?

Aguado de Castro me muestra una extensa cicatriz en su garganta. Milagrosamente no pasó de un leve accidente lo que pudo haber sido cogida mortal. Fué toreando a un astado de don Jeremías González. Otro de la viuda de Molero le infirió el 18 de mayo, actuando en Bilbao, una cornada en el antebrazo derecho.

F. M.



ENTRE un hombre tímido y el resto de los mortales existe siempre una barrera infranqueable. Si tenemos en cuenta que para vegetar en este atormentado planeta precisase estar recubierto de la dura epidermis de los paquidermos, resulta la timidez tan embarazosa como lo puedan ser los paraguas y las visitas de cumplido. Ahora bien, entre la arrogancia insostenible del engreído y la actitud indecisa del tímido, siempre parecerá más grata esta última.

La timidez es humilde, tiene la modestia que desconfía del juicio propio, preocupase excesivamente del ajeno y siente una instintiva repugnancia por los convencionalismos al uso.

Por todo esto me fué simpático desde el primer momento un torero al que —como sucede a la mayoría de los madrileños— no he visto torear todavía. Me refiero a Benigno Aguado de Castro.

Sabia que el torero de Alcobendas gusta del aislamiento y de su pánico por las intervius, presentaciones, peticiones de autógrafos y cuantas molestias lleva aparejadas la popularidad. De aquí que para evitar un fracaso en mis pretensiones, antes recabé los buenos oficios de don Luis Cazorla, tío, mentor y apoderado del torero, amén de ser uno de los más afamados sastres de la capital de España. Y una tarde, concluida la jornada en la sastrería, me encerré con tío y sobrino en el saloncito de pruebas, dispuesto a probar la paciencia de ambos con mis preguntitas de ritual.

Como me interesaba averiguar por qué Benigno se decidió a abandonar el ambiente rural de su niñez, empecé interrogando a Cazorla:

—¿Cuándo se hizo usted cargo de su sobrino?

—Al cumplir éste los doce años, sus padres me lo enviaron con intención de que llegara a conocer los secretos del oficio, y como yo no tengo hijos, desde entonces Benigno no se ha separado de mi lado.

—¿Cuándo se formuló en usted la resolución de ser torero?

—pregunto al diestro.

—Desde niño empezó a gustarme torear porque me divertía como el más apasionado de los juegos. Después, pude advertir en mí una voluntad que me sostenía y empujaba con fuerza irresistible hacia los riesgos y aventuras del toreo.

Y continúa su tío:

—A mi sobrino le envenenaron las conversaciones y frecuentes visitas de Fernando Domínguez y de Rafaelillo, ambos antiguos clientes de esta casa. Un buen día se lo llevaron a Yepes con motivo de celebrarse un festival. Los dos toreros, que conocían las secretas intenciones del aspirante, pusieron en sus



Cuatro momentos de Aguado de Castro en su charla para EL RUEDO

(Fots. Manzano.)

La única temporada de JOSELITO en América

Cuando regresaba a España toreó en Montevideo, infringiendo las leyes del país, y pretendieron detenerle

SUCESO es éste desconocido en sus detalles, que hoy desempolvo al cabo de los veinticinco años transcurridos.

Contratado Joselito para la temporada 1919-20, en Lima, por los entonces empresarios hermanos Botto, actuó con extraordinario éxito en diez corridas, estoqueando veintisiete toros, cobrando por cada una 35.000 pesetas y además 110.000 por su beneficio.

Celebrada la última el 12 de febrero, a beneficio de la Aviación, al siguiente día embarcó en el vapor americano *Santa Luisa*, rumbo a Valparaíso, siendo despedido por los empresarios, amigos y un crecidísimo número de admiradores. Ya en Buenos Aires, el 23, donde le esperaban el popular ganadero don Florentino Sotomayor y don Rafael Linaje, actual presidente del Consejo de Administración de la Plaza de Toros de Madrid, reanudó su viaje en unión de estos señores, que tuvieron el gusto de acompañarle hasta la capital de la República del Uruguay, en el trasatlántico *Infanta Isabel de Borbón*, desembarcando en la mañana del 29 en Montevideo, donde la presencia del famoso torero corrió como la pólvora, siendo el obligado tema de todas las conversaciones.

Suprimidas las corridas de toros de muerte en aquella República desde el año 1888, con motivo del trágico fin del diestro valenciano Joaquín Sanz, Puñeret, ocurrida el 26 de febrero —van ahora a cumplirse cincuenta y siete años—, la llegada de José fué motivo para que muchos aficionados, sintiendo la nostalgia de su favorito espectáculo, se entusiasmaran al tener, siquiera por unas horas, como huésped a tan alta jerarquía coetuda.

Entre los que acompañaban a éste en su largo viaje se encontraba Gabriel Hernández, Posadero, en aquella época novillero, que ya se hallaba en Lima al presentarse Joselito en esta capital y con el que actuó como banderillero, siendo desde entonces cuando por consejo del maestro de Gelves cambió la muleta y el estoque por los llamados «rehiletes», figurando después en las cuadrillas de Antonio Márquez, Marcial, Manolo Bienvenida, Félix Rodríguez y El Estudiante, con el que continúa.

Y a este excelente torero debo conocer algunos detalles complementarios de lo ocurrido en Montevideo durante el poco tiempo de la permanencia del hermano de Rafael, el Gallo.

Hallándose José almorzando con los señores Linaje y Sotomayor y otras personalidades, surgió la idea de organizar una fiesta taurina en la placita de madera existente aun en las afueras de la capital.

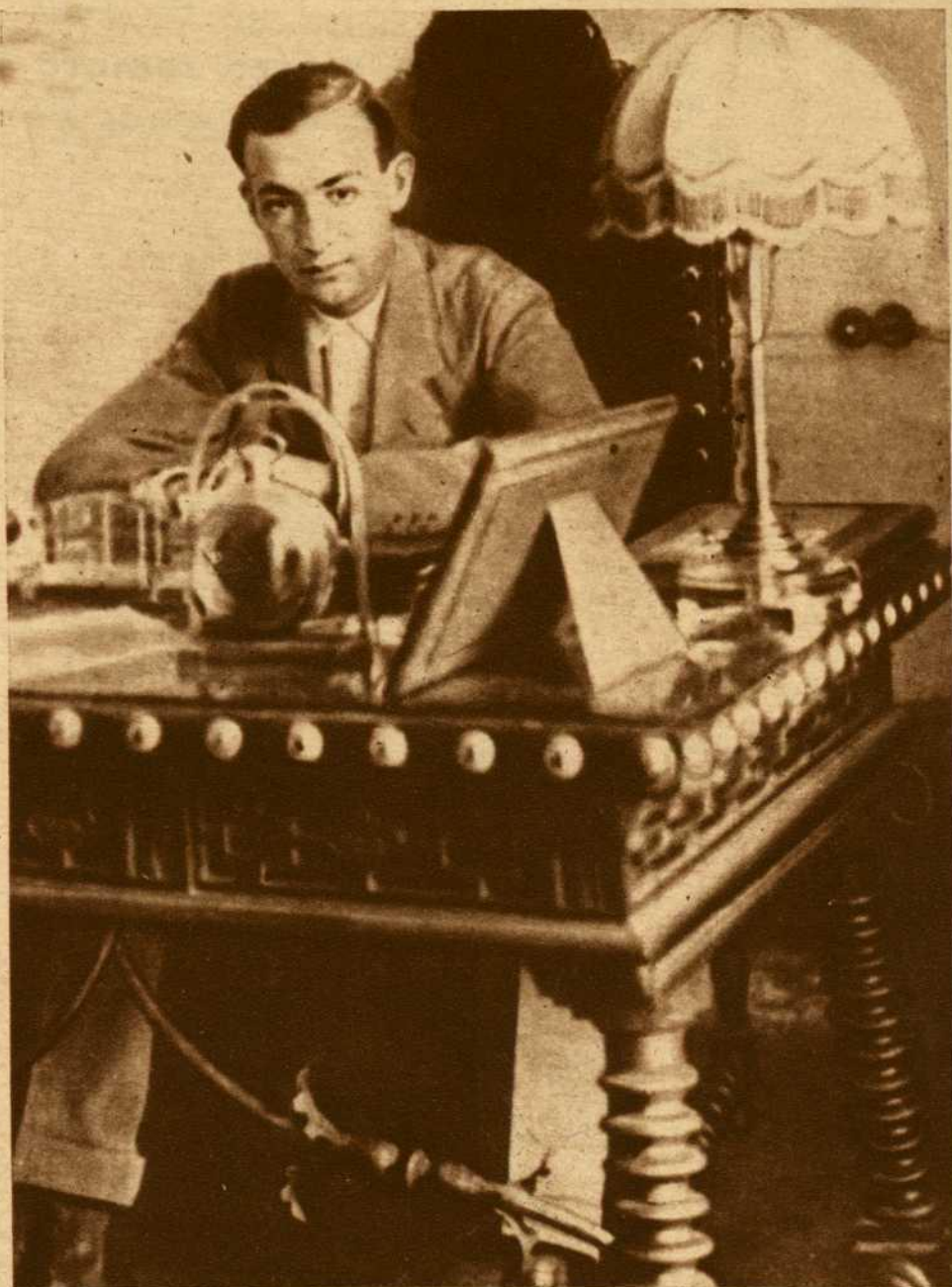
No era ajeno a la improvisación de esta corrida el hijo del señor presidente de la República y el del Casino Español, don Manuel Álvarez, gran aficionado a la fiesta brava.

—Había que conocer—nos ha dicho Posadero— la afición y el temperamento de Joselito.

Al saber los deseos de aquellos aficionados, se puso inmediatamente a disposición de ellos y la corrida pasó a ser una realidad, organizándose «ipso-facto» sin temor a las consecuencias que pudiera acarrearle el hecho de faltar a las leyes de un país extranjero.

Con el mayor sigilo fueron cerrados en los chiqueros de la placita tres novillos del país, no exentos de bravura, y en distintos automóviles, tomando diferentes direcciones para no llamar la atención, se dirigieron todos al circo taurino, cuyo albero iba a recibir el honor de ser pisado por aquel coloso del toreo.

Aquella corrida, que tiene caracteres históricos —continúa diciéndonos el veterano banderillero—, fué presenciada por unas veinticinco personas, entre las que se encontraban los compañeros de viaje, señor Conde Vilana, familia; y el señor don Andrés G. Al-



Joselito en su casa sevillana, donde descansaba al finalizar su temporada taurina



Joselito, en la Plaza de Toros de Lima, recogiendo las ovaciones, después de una gran faena

mería. José toreó, banderilleó y mató con gran lucimiento el primer novillo.

El segundo fué estoqueado por el presidente del Casino Español, dándole Joselito, en un momento de buen humor, la «alternativa», y el corrido en último lugar, por Posadero.

Durante la fiesta el entusiasmo fué indescriptible y las ovaciones se sucedieron clamorosamente.

—¡Qué satisfacción más grande—sigue hablando Posadero—la experimentada por Joselito por haber toreado en un país donde se hallaba suprimido el espectáculo taurino con toros de muerte, creyendo el infortunado torero que ello sería motivo para que se derogase más tarde aquella ley prohibitoria!

Momentos después, el *Infanta Isabel de Borbón* se hacía a la mar llevando a bordo, rumbo a Cádiz, a Joselito y a Posadero.

Fuó entonces cuando en todo Montevideo se conoció la corrida que se acababa de celebrar, reclamándose por el

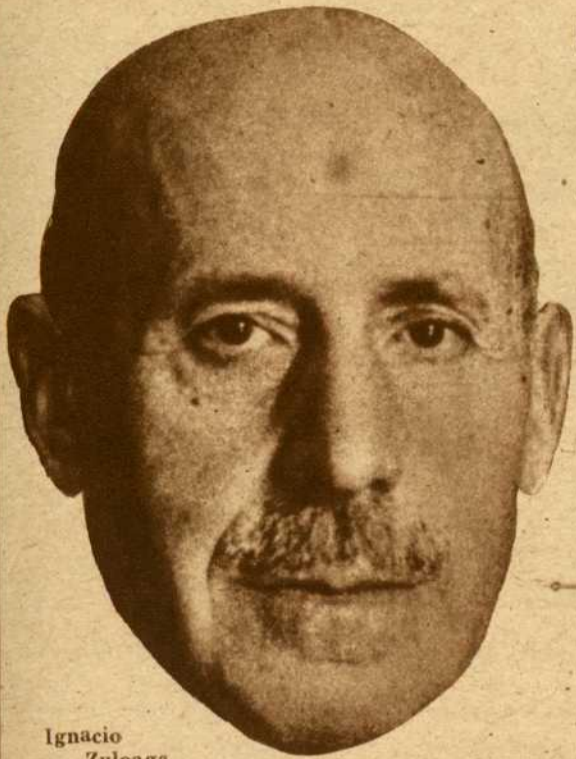
presidente de la Sociedad Protectora de Animales la detención de los diestros españoles y poniéndose en movimiento toda la Policía.

Ya era tarde. El trasatlántico español continuaba surcando las olas, orgulloso de llevar entre sus pasajeros al torero más grande de todas las épocas, para devolvérselo a España, donde la fatalidad, implacable, le esperaba en la Plaza de Toros de Talavera de la Reina dos meses más tarde.

EL PLANETA DE LOS TOROS

UN MANO A MANO ZULOAGA JIMENEZ DIAZ

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Ignacio
Zuloaga



Dr. Jiménez
Díaz

de toros es frecuentemente el tema de la conversación de Zuloaga, poco amigo de hablar sobre pintura. Si se le pregunta por sus grandes triunfos logrados a lo largo de cincuenta años de fecunda y excepcional labor de pintor, apenas si conseguimos unas cuantas palabras evasivas; pero si se le interroga acerca de los días sevillanos de su juventud, cuando quería ser torero, entonces Zuloaga se transforma y abandona su laconismo para hablar y hablar, sin desmayo ni veladuras, de sus andanzas taurinas.

En la feria de abril de Sevilla del año 1941 fui con José María de Cassio y Carlos Pickman al barrio de San Bernardo, a visitar al viejo torero José Machio Trigo. ¡Qué gran tipo Machio! ¡Qué apersonado y sol mne! Su padre y tres hermanos de éste fueron toreros. Los Machio sobreesalieron por el valor. Ninguno de ellos alcanzó gran nombradía en el toreo por falta de condiciones artísticas, que, emparejadas, con la bravura, les otorgaran la celebridad y la fortuna. Pero sí han dejado fama de valientes. Al mejor de los cuatro hermanos, José, le truncó su carrera una tremenda cornada en el hipocondrio, con salida de los intestinos. Para dar una idea de su coraje, diré que se levantó del suelo y sujetándose la terrible herida con las manos, fué por su pie a la enfermería. José Machio Trigo, con sus setenta y tantos años bien llevados, alto, aun garrido, fuerte aún, tampoco fué un gran torero. La mayor parte de su vida la pasó en América. Toreó en casi todas las Repúblicas del Sur, hasta en Bolivia, de donde nos enseñó un cartel curiosísimo y nos contó un episodio bastante bueno. Verán ustedes lo que pasó en La Paz, adonde ni él mismo sabe como llegó. Se le opusieron bastantes dificultades para torear, las fué venciendo, y al fin pudo organizar una corrida. El ganado lo contrató Machio a unos indios del interior de Bolivia, que llevaron los toros a La Paz en un viaje que duró más de quince días. Machio fué a ver los toros. Eran unos carabaos con más pinta de búfalos que de toros, y escamado, preguntó a los indios si aquellos extraños animales embestirían. Los indios se lo aseguraron formalmente. Y, en efecto, suena el clarín la tarde de la corrida y sale al improvisado ruedo el primer búfalo. Machio intentó darle unos capotazos y el bicho brinca, r brinca y huye asustadísimo de aquel señor vestido de oro. Machio, desesperado, ve venir la catástrofe, la corrida que no se puede celebrar, la devolución del dinero a los espectadores que llenaban la Plaza, la ruina allá en aquel rincón de América, a miles de kilómetros de un lugar más propicio a su profesión torera. Nuevos intentos e idéntico resultado: el búfalo no quería ni oler el capote. Entonces, ya el público en plena bronca, se le acercan los indios a Machio y le dicen: "Espere usted un poquito; ahora le hablaremos al animal y él embestirá, no lo dude". Y salen tres indios al ruedo, se aproximan al toro, y empiezan a acariciarle los descomunales cuernos y a decirle al oído: "¡Vamos, torito, sé bueno, embiste; te lo pedimos por tu padre; embiste, torito!" Se retiraron los indios y Machio, atónito, abre

de nuevo el capote y, ¡oh prodigio!, el búfalo embistió suave y pastueño, como si fuera un santacotoma. Como nos lo contó Machio os lo cuento yo. Cassio, Pickman y yo no dudamos de la veracidad del relato. Ustedes están en libertad de creerlo o no.

Informamos a Machio que llevábamos para él un abrazo de su amigo y compañero Zuloaga. Se alegró mucho del recuerdo y nos dijo: "Hubiera sido un gran torero; pero creo que luego se ha defendido bien con la pintura". Sí, es verdad; Zuloaga ha ganado algún dinerillo y alguna fama con los pinceles. Esto a él no le envanece demasiado, porque hubiera querido ser un gran torero.

Un día, en nuestra tertulia del Lyon d'Or, Domingo Ortega habló de que el doctor Jiménez Díaz quería torear unas becerras. Zuloaga preguntó: "Pero, ¿sabe torear?" Domingo Ortega le contestó que era un torero con el capote en la mano. "Pues dígame —añadió Zuloaga— que no tengo inconveniente en torear con él mano a mano." Aceptado por el doctor Jiménez Díaz, Domingo Ortega encerró unas becerras en la púncita de su finca Valjuarete, a orillas del Tajo, frente a la vega de Aranjuez. Y allá fuimos unos cuantos, ansiosos de presenciar el sensacional mano a mano. Cuatro becerras torearón los dos maestros, el de la Pintura, y el de la Medicina. Había mucha pasión en el público. Cada uno de los contendientes llvó a sus partidarios incondicionales. Yo era zuloaguista, y conmigo, Cassio y Emilio García Gómez; los jiménezdíastas eran los doctores Pardo y Gay. Pero, pese a mi zuloaguismo, he de confesar que Jiménez Díaz, menos placeado que Zuloaga, mantuvo su cartel a fuerza de valor y de inteligencia, sobre todo con el capote. El mano a mano tuvo sobre los corrientes, ya tan en desuso, la ventaja de que podíamos juzgar a los dos actuante, juntos en el mismo enemigo; a una faena de Zuloaga sucedía otra de Jiménez Díaz, y viceversa, y así podíamos aquilatar los méritos y defectos en verdadera competencia. ¡Y qué competencia: allí no toró nadie más que ellos; ni siquiera Domingo Ortega tuvo ocasión de desplegar el capote! La cortesía, como es natural, fué la norma de la competencia; pero latente estaba el ardor, la porfía y el afán de no dejarse pisar el terreno. Cuando a la becerria, ya agotada, que no los maestros, se le abrió la puerta, Zuloaga y Jiménez Díaz, capote al brazo, apoyados en el burladero, pedían la opinión de Domingo Ortega, y este maestro del toreo hacía equilibrios para dar a cada uno lo suyo; pero no sé, no sé; me pareció más jiménezdíasta que zuloaguista.

Jiménez Díaz dió hasta molinletes. Zuloaga se mantuvo en la línea clásica; su toro es sobrio y fuerte, como su personalidad; si alguna becerria empujaba demasiado, en lugar de salirse por pies, la contenía con un manotazo en el testuz y en seguida recuperaba el terreno. Como he declarado mi zuloaguismo, no extirparé que encontrara en Jiménez Díaz cierto nervosismo y poco aplomo para aguantar la embestida, defecto que si siguiera toreado algún domingo que otro, corregiría prontamente, porque condiciones no le faltan; tiene estructura de brazos, intuición de los terrenos, garbo y valor. Y conste que todos estos juicios son sinceros, porque, gracias a Dios, poseo buena salud; pero por si acaso ésta se tuercie, consigno que, a pesar de mi zuloaguismo, reconozco en el ilustre doctor cualidades casi eminentes en el arte de torear.



Grupo de aficionados que asistieron a la fiesta a que hace referencia el presente reportaje

EL SEÑOR FELIPE le mató

Por ANTONIO QUINTERO

La cualidad más terrible y el aspecto más solemne de la fiesta de toros son los que nos la muestran como lo que es en definitiva: una lucha a muerte. El lance se publica de antemano a los cuatro vientos, y la multitud, ansiosa de incrustar una hora de emoción brillante en la opacidad gris de su vida y pensamientos, acude a presenciar las peripecias de la lucha, que tiene una belleza trágica, porque se desarrolla entre la tierra y el cielo, y los contendientes son bravos, inexorables y poderosos. Contra la espada del hombre esgrime el toro sus dos puñales corvos y agudísimos, como un paréntesis donde tal vez se oculta el sendero del más allá. Porque en los carteles reza que se lidiarán y serán muertos a estoque seis toros con divisa encarnada y negra; pero, de tarde en tarde, y aunque los carteles no lo adviertan, también cae para siempre algún lidiador. La multitud se aleja entristecida del lugar de la batalla y, a lo largo del tiempo, el nombre del toro vencedor se hace famoso en un tanguillo popular:

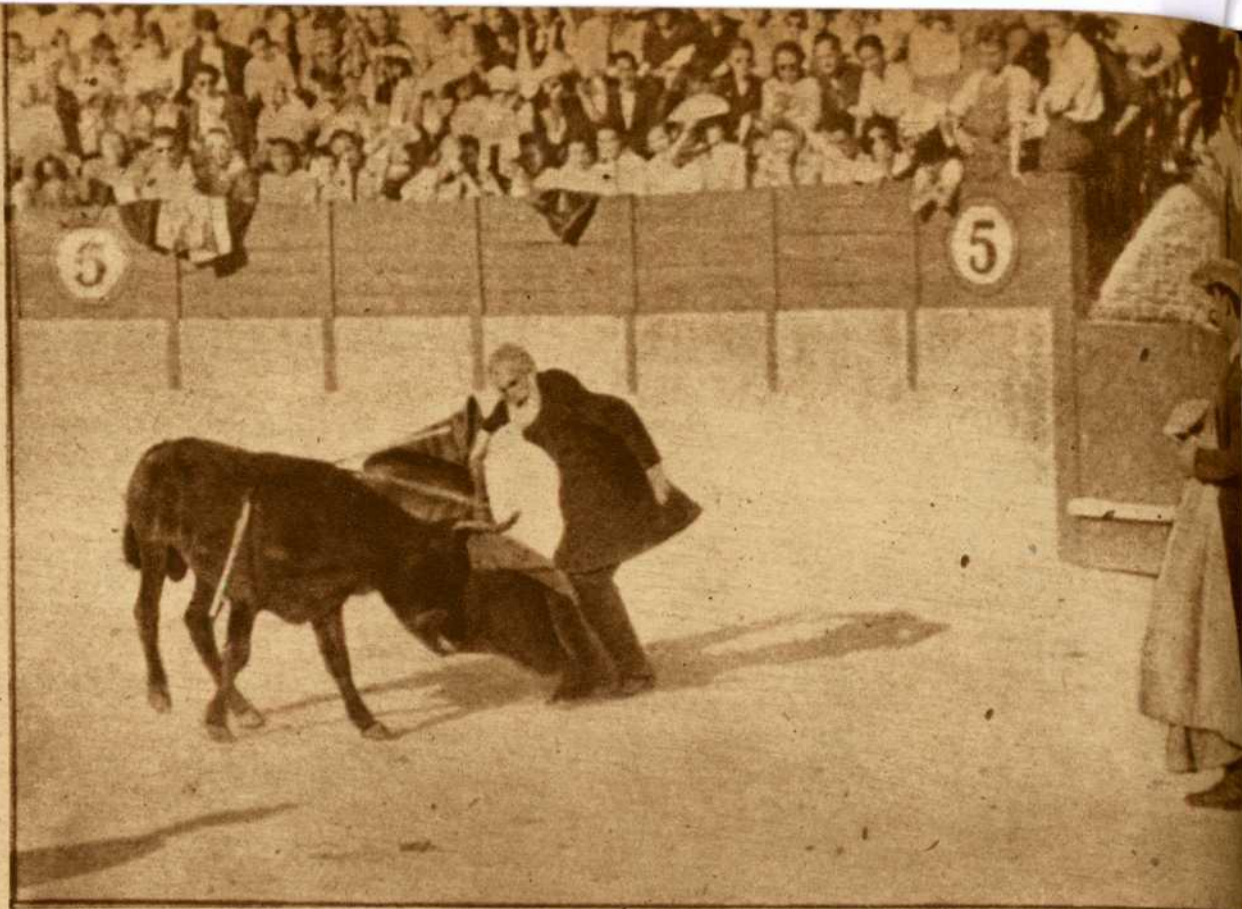
*Se llamaba Ferdigón,
de la casta miureña,
el toro que le dió muerte
en la Plaza madrileña.*

Al toro bravo que cae muerto se le aplaude en el arrastre. El buen aficionado no siente por él compasión, sino admiración: "¡Murió como un valiente!" Y no le llora; lo aplaude, porque era hermoso y fuerte, y bravo. Merecía el honor de morir en una Plaza de Toros. Estaba en la plenitud de su fuerza y se le trajo a refinar con el hombre, que lo venció; pero pudo vencer él, porque era UN TORO. Si hubiera sido un becerro incapaz de defenderse, nadie habría tolerado la crueldad de su sacrificio. La lucha a muerte con un enemigo débil e indefenso constituye, en esencia, un asesinato. El aficionado puro, que ama la fiesta de TOROS, experimenta un malestar inexplicable—como lástima y vergüenza—cuando salta a la arena un becerro que va a morir.

¡Ah! Pero hay otro aficionado que "se ríe las tripas" con la agonía de un añojo y las gracias de sus verdugos. Porque, ¡cuidado que se divierte uno en las becerradas!

Mi amigo es sudamericano. Al conocerme, en Buenos Aires, se mostraba exaltadamente orgulloso de poseer tres cosas, legado de sus ascendientes próximos: un apellido español, una capa bordada, de fino paño bejarano, y un cartel de toros, en seda, donde negreaban los nombres de Lagartijo y Frascuelo. Rezumaba casta ibérica por todos sus poros. Y cuando yo le describía, con ardientes pinceladas nostálgicas, la luminosa riqueza emocional de nuestras corridas de toros, el entusiasmo se le asomaba a los ojos, convertido en lágrimas. Sí, todo aquello era exactamente como su sangre hispana lo presentía... Bellas mujeres de fino empaque, mozos ágiles, de cintura breve y rostro bronceado, que se vestían de oro para la solemne ceremonia de burlar a la muerte; fieras nerviosas y veloces, que borlaban con sus astas la silueta del hombre... Y un crepitar estruendoso de palmas y oíes y pasodobles toreros, y un aire inmóvil y redondo, embriagado de olor a claveles y a tabaco habano... ¡Oh! ¡Todo aquello tenía que verlo él!

Y acudí a verlo. Una tarde de agosto lo encontré paseando, melancólicamente, bajo las arboledas del



Las fotos de esta plana reproducen dos momentos grotescos, y en los que el aficionado que pretendió ser humorista dibujó el lance, que llevaría la carcajada a los tendidos, ante el inofensivo y "paciente" becerrete

Retiro, Me miró con esa expresión resignada y humilde del que ha sufrido un desengaño doloroso.

- ¿Estuviste en los toros ayer tarde?
- Estuve esta mañana.
- ¿Cómo?...
- ¡Ché, viejo, qué desilusión!

Había llegado la víspera, e inmediatamente se lanzó a la calle, ansioso de fundirse en la vida de Madrid. Anduvo durante varias horas, sin rumbo determinado, en una alegre ignorancia de dónde se hallaba. En la calle del Sacramento acudieron a su memoria las descripciones del abuelito. Había nacido allí, en aquel paraje suave y mudo, poblado de sombras caballerescas. El abuelito le hablaba de la Plaza de Toros vieja, la que se alzaba junto a la Puerta de Alcalá. Y allí se dirigió presuroso, intentando orientarse en la noche, que palidecía rápidamente.

Le sorprendió la gran animación callejera del amanecer. Numerosos grupos de madrugadores que reían y cantaban encaminábase, precisamente, en su misma dirección. ¿A dónde iba toda aquella multitud ruidosa, que aumentaba por momentos, remontando la calle de Alcalá? Preguntó y le contestaron a coro, jubilosamente:

—¡A los toros!

Eché a correr. En la puerta de la Monumental le vendieron una entrada que decía: "Invitación". Y se precipité a instalarse en su localidad, maravillado de la enorme afición de un pueblo que acudía a los toros a las seis de la mañana. Por fin iban sus ojos a contemplar la formidable escena de arte y valor que le atrajo a España desde la calle Corrientes. Cuando sonaron los clarines, el sol estaba ya alto, y mi amigo era completamente feliz.

La aparición de las cuadrillas le dejó un poco perplejo. Aquellos hombres de tan rara facha—largo el uno, patizambo el otro, bigotudo éste, gordinflón y colorado el de más allá, mal vestidos todos con guayaberas y gorrillas, y el capote de paso colgado del hombro, como de una percha—eran los toreros. El gentío los acogió con palmoteos y carcajadas. Los llamaban por sus nombres, confanzudamente.

—¡Manolo! ¡A ver cómo te portas! ¡Que está aquí tu mujer!

—¡Mira el señor Felipe! ¡Ay, qué risa!

—¡Señor Felipeeee!!!

El señor Felipe era el torero gordo. Sonreía beatíficamente junto a la barrera. Le arrojaron un trozo de tortilla y una bota de vino. Comió y bebió, limpióse con el revés de la mano, y en seguida pidió un puro. Se lo echaron encendido, entre aclamaciones.

—¡Olé ahí los tíos!

Saltó a la arena un animalejo escuálido y pequeño, una especie de perro negro con astas incipientes. Corrió, desalado, en todas direcciones. ¿Dónde estaban la alfombra brillante del prado húmedo y el horizonte de álamos junto al río? ¿Por qué no se oía el grave repique del cencerro amigo y el mugido amoroso de la madre, llamándole de lejos? ¿Quiénes eran estos hombres desconocidos, que bailaban ante él, agitando unos trapos de colores?

Se detuvo un momento a contemplarlos. Avanzaban cautelosos, en medio de un griterío formidable, que parecía derrumbarse desde los cielos. El triste animal huyó de nuevo, empavorecido. En la carrera tropezó con el señor Felipe, que rebotó como una pelota sobre la arena. Los demás hombres volaron hacia la valla roja, encaramándose a ella con piruetas ridículas y bufos manoteos de terror. El regocijo era indescriptible.

Mi amigo miraba aquello estupefacto. El señor Felipe, apoyado en la barrera, despedía bocanadas de un líquido oscuro, a impulsos de atroces náuseas, mientras en el tendido reían a más no poder. Alguien exclamó, asustado:

—¡Sangre! ¡Ese hombre se va a morir!

—¡Qué! no, señor! ¡Es que se ha bebido un barrero de limonada, y con el porrazo se ha "mareado"!...

Sonó el clarín otra vez. Varios "toreros", armados de banderillas, agitaban los brazos, llamando al becerro, que se había detenido, ahogándose de tanto correr. Entonces le rodearon y, acercándose poco a poco, clavaronle todos los arpones a un tiempo. El bichejo dió un brinco enorme y escapó de nuevo. Llevaba una banderilla colgando de un ojo.

Cerca de mi amigo, una niña se echó a llorar.

—¡Pobrecito! ¡Vámonos, padre!

—¡Espérate, chica, que va a matar al señor Felipe!

El becerro, exhausto ya, se había refugiado junto a las tablas. En su respiración, jadeante, y en sus ojos, enloquecidos, había un ansia infinita de llanuras y soledades...

Lo sujetaron entre todos, y el señor Felipe lo mató valerosamente, atrevesándole el cuello de una puñalada, tan certera, que dió muerte también a la ilusión de mi amigo. La muchedumbre aplaudía, riendo hasta reventar.

Embarcó a los tres días, de regreso al Plata. Fue ron inútiles mis esfuerzos para sacarle de su error.

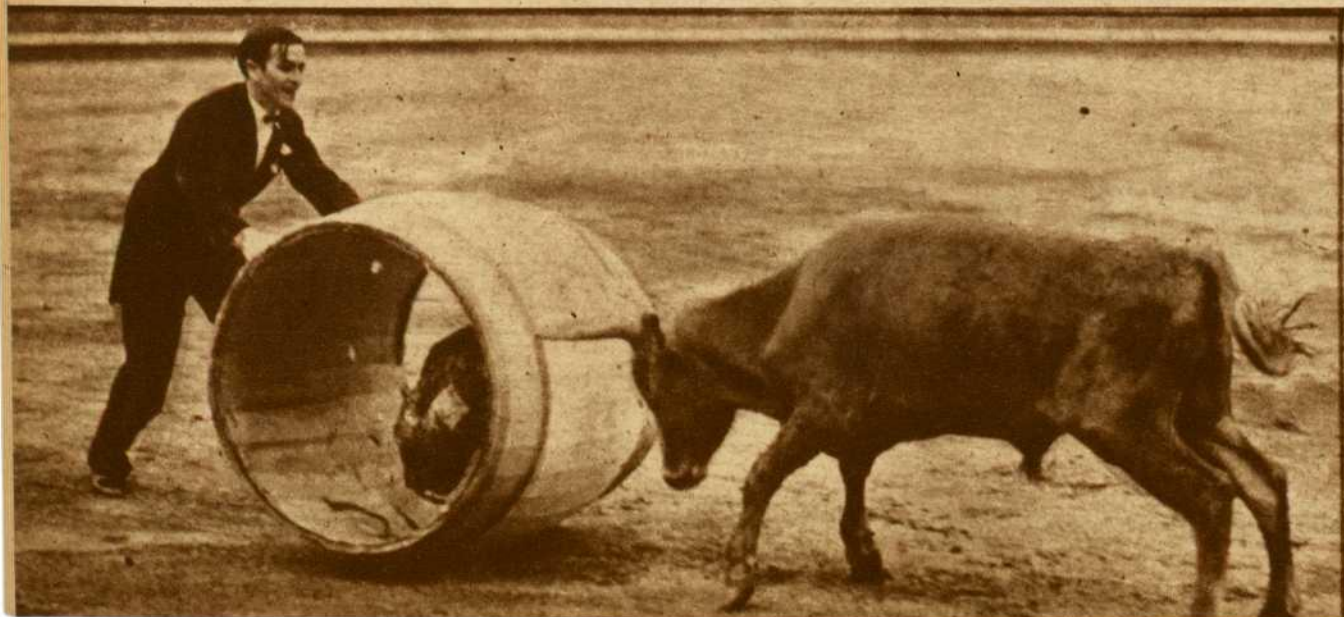
—Lo que tú viste era una becerrada gremial. Son innumerables las Sociedades que, anualmente, celebran festejos análogos, sin otra finalidad que pasar un rato divertido. Es una costumbre simpática y popular, que no perjudica a nadie...

Mi amigo, con el pie en la escalera del vapor, me respondió, estrechándome la mano:

—Perjudica a la fiesta de toros si es como tú me dijiste y como yo la soñé. Lo que yo he visto constituye una "pavada" brutalmente cruel e inútil. Cuando la hayáis suprimido, telegrafíame...

El ancho sonido de la sirena tundió el aire. Cerca, un grupo de mocitas, cogidas del brazo, pasó cantando:

*¿Dónde está ese toro negro
que tiene tanto poder!...*



DIEZ MATADORES DE TOROS HA DADO CORDOBA EN LO QUE VA DE SIGLO

MANOLETE, la figura extraordinaria

LAGARTIJO CHICO y MACHAQUITO cierran el ciclo taurino del XIX

Dos toreros cordobeses cierran el ciclo taurino del siglo XIX. Son éstos Rafael Molina (Lagartijo Chico) y Rafael González (Machaquito), que en la tarde del 16 de septiembre de 1900 toman ambos la alternativa en la Plaza de Toros de Madrid. Machaquito es, pues, el último matador de toros del siglo pasado. Fué en ese mismo siglo, a partir de su segunda mitad, cuando el torero cordobés adquiere una preponderancia inigualada. La figura gigantesca y señera de Lagartijo clavó en alto la bandera de su divisa y la mantuvo sin arriar durante veintisiete años consecutivos, llenando los hitos de la historia taurina de ese tiempo con su arte soberano. Y cuando, por el peso de los años, Lagartijo ve llegar el declive de su posición, él mismo se encarga de ir preparando, enseñando y adiestrando a otro torero paisano suyo: Rafael Guerra (Guerrita), a quien da la alternativa en 1887, y que, a partir de entonces, no sólo iba a ser su sucesor en el cetro taumático, sino que iba a ser el continuador de la estirpe torera de la ciudad de los Califas. Guerrita, en posesión de unas facultades físicas extraordinarias y de unas cualidades profesionales también extraordinarias, con todos compite y a todos vence en buena lid. Y hasta hubo un momento en que se enfrenta abiertamente con su viejo maestro y protector, buscándole pelea, cuando aquél, agotado por el esfuerzo de una labor de tantos años, está ya a punto de retirarse.

Pero Guerrita es un huracán que lo arrolla todo, y cuando el público de la mayoría de los circos taurinos se enfrenta contra él, el cordobés, que cree injusta la repulsa, se corta la coleta, después de haber realizado once campañas de matador de toros que pueden considerarse como ejemplares.

Durante unos años, la campana gloriosa de la solera taurina cordobesa enmudece. Hay un espacio vacío. No surge nadie.

Sólo se oye el eco de plata de un plantel de banderilleros y picadores que, aun retirados ya sus gloriosos maestros, caminan solos entre las aclamaciones de los públicos. Después, cuando surge la figura pequeña, menuda y nerviosa de Machaquito, Córdoba hace de él su nuevo ídolo. No era como aquellos dos; pero sí tenía la suficiente personalidad para que en aquellos momentos, sin ninguna figura excepcional en el panorama taurino español, él se mantuviera en un puesto privilegiado durante trece años. Y es el propio Machaquito el que, con su pro-

Y como final, ahí va a continuación, por orden cronológico, la estadística de los diez matadores de toros cordobeses habidos en el siglo:

Francisco Muñoz (Corchaito). Nació en Viso de los Pedroches el 11 de octubre de 1883. Tomó la alternativa en Madrid. Vicente Pastor le cedió la muerte del toro Mediabanda, de Murube, el 8 de septiembre de 1907.

Manuel Rodríguez (Manolete). Nació en Córdoba el 27-9-1883. Tomó la alternativa en Madrid el 15-9-1907. Machaquito le cedió la muerte del toro Yegüerizo, de Esteban Hernández.

Cándido Hernández (Moni). Nació en Córdoba en 1871. Tomó la alternativa en Lorca, en 1908, de manos de Pepe-Hillo, con toros de Félix Gómez.

Enrique Rodríguez (Manolete II). Nació en Córdoba en 1892. Tomó la alternativa en Carabanchel el 23-9-1917. Se la dió Chiquito de Begoña al cederle la muerte de Clavellino, de Coquilla.

José Flores (Camará). Nació en Córdoba el 17 de mayo de 1898. En Madrid tomó la alternativa el 21 de marzo de 1918. Joselito le cedió la muerte de Amargoso, de Benjumea.

Francisco Gutiérrez (Serranito de Córdoba). Nació en Córdoba en 1890. Tomó la alternativa en Córdoba el 25 de julio de 1921 de manos de Camará.

Antonio de la Haba (Zurito). Nació en Córdoba el 15 de noviembre de 1901. Manuel Martínez le dió la alternativa en Gandía (Valencia) el 26 de octubre de 1924. Los toros fueron de Vicente Martínez.

Julio García (Palmeño). Nació en Palma del Río (Córdoba) el 23 de mayo de 1900. Tomó la alternativa en Ecija (Sevilla). Se la dió Pepe el Algabeño, y los toros fueron de Pablo Romero.

Manuel Rodríguez (Manolete). Nació en Córdoba el 5 de julio de 1917. Chicuelo le dió la alternativa en Sevilla el 2 de julio de 1939. Los toros fueron de Clemente Tassara.

LUIS GARCIA NAVAS



tección constante, da paso a los matadores de toros que iban a salir al palenque taurino en el siglo.

Fernán Muñoz (Corchaito) es el primer matador de toros cordobés del siglo XX. De características parecidas a las de su paisano Machaquito, quizá de toreo más alegre y vistoso, hace concebir en seguida buenas esperanzas, y durante sus campañas de novillero fué de los que más toreaban. Tomó la alternativa en 1907, y en el año 1914, toreando en Cartagena, un toro le dió una cornada que le provocó la muerte.

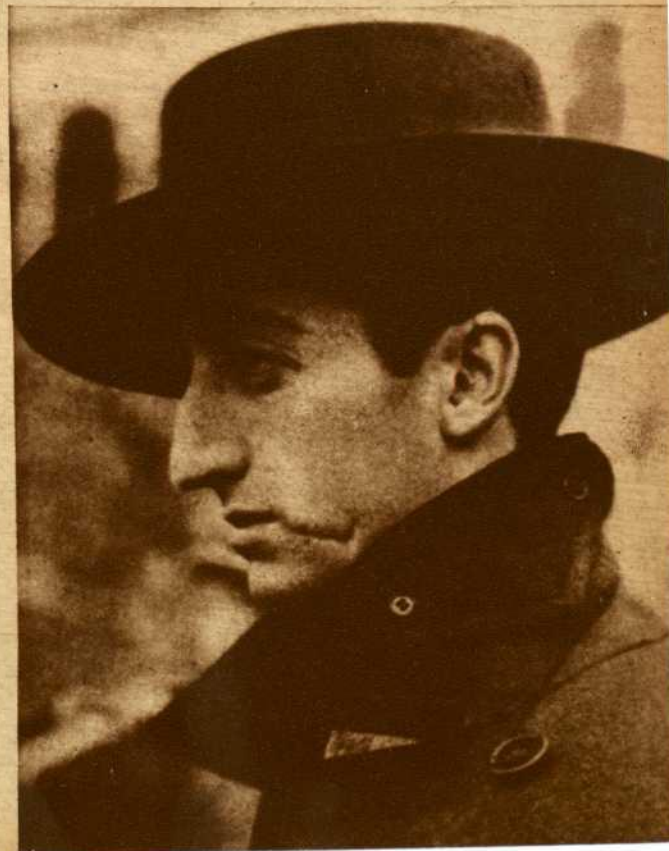
Manuel Rodríguez (Manolete), padre del Manolete actual, fué el segundo torero cordobés del siglo. Armó un alboroto en sus comienzos, y todo hacía presagiar que sería una auténtica figura. Lo fué de novillero, sobre todo los años 1906 y 1907, en el primero de los cuales llegó a torear cerca de 50 novilladas, y en el segundo tomó la alternativa. A partir de entonces toreó un promedio de 30 corridas hasta el año 1912. Una afección de la vista, que padecía de antiguo, le restó facultades, y a partir de ese año sus actuaciones fueron muy limitadas. Dejó de torear en 1918.

José Flores (Camará) fué el tercer torerito cordobés que empezó haciendo concebir grandes esperanzas de que sería otra gran figura del toreo. Su presentación en Madrid fué un éxito tan clamoroso, que el muchacho, al calor de él, tomó la alternativa inmediatamente después, a principios de temporada de 1918. Tomó parte en 59 corridas; el año siguiente bajó a 36, y a partir de entonces, con la misma velocidad que había ascendido, fué bajando su cotización, desapareciendo poco después entre los toreros del montón.

Del Manolete de hoy no queremos hablar. En el ánimo de todos los aficionados está considerado como la figura extraordinaria de nuestros tiempos. Sus hechos están tan recientes, y su plenitud tan lograda, que solamente consignaremos que desde 1939, año en que se doctoró en Sevilla, hasta la última temporada, ha tomado parte en cuatrocientas corridas.



Tres momentos de Manuel Rodríguez, Manolete, la figura cumbre del toreo cordobés en lo que va de siglo





Una foto del Chico de la Blusa, en su época de matador de toros. Antes de comenzar la corrida posa en el callejón

Ritorna vencedor.—Los primeros pasos de Mosquera como empresario.— ¡En el cartel de abono!—Reaparición de Vicente en Madrid

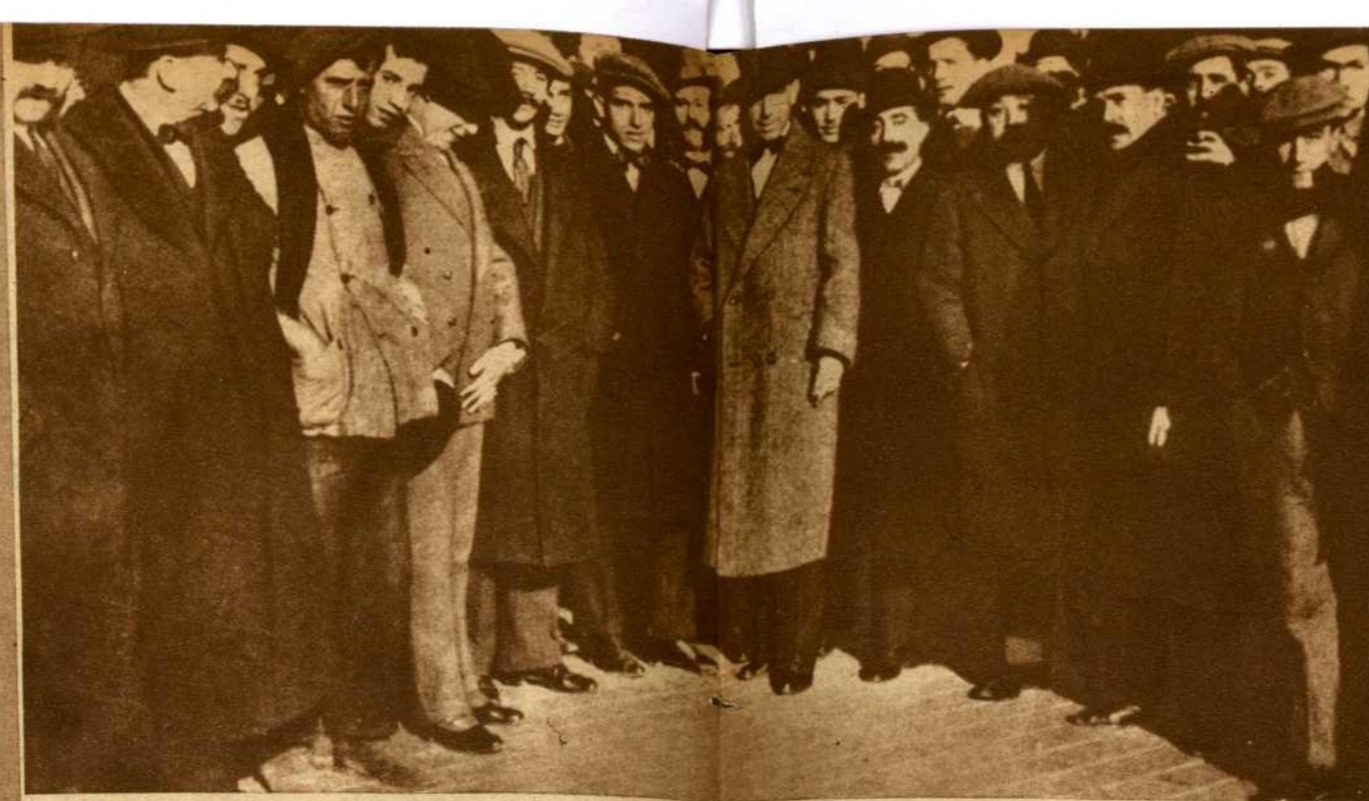
binación de la expresada forma.

Dejó allí bien sentado Pastor su cartel de lidador valiente, de fácil y seguro estoqueador, procurando complacer a los aficionados en todos los momentos, pues banderilleó con frecuencia al quiebro y de frente, ejecutando con el capote variados lances, entre éstos emocionantes quiebrros de rodillas.

Resuelto y decidido a recuperar el sitio que había perdido, volvió de nuevo a poner la planta en su querido Madrid, cosa que hizo a mediados de marzo de 1907, encontrándose con una inesperada sorpresa.

La Diputación Provincial, vistas las informalidades en el cumplimiento del contrato que tenía celebrado con el subarrendatario de la Plaza don Pedro Niembro, había acordado incautarse del circo taurino, cosa que hizo aquella Corporación a principios del año 1907, acordando sacar de nuevo a subasta el arriendo del inmueble, por el tiempo de seis años, en la cantidad anual de pesetas 212.068.

Celebrada la subasta en el salón de actos de la Diputación el día 3 de abril, le fué adjudicada la Plaza al después famoso don Indalecio Mosquera, que, constituido en sociedad con otros señores, había pre-



Vicente Pastor y Juan Belmonte son recibidos en la estación por sus admiradores y amigos a la vuelta de su campaña taurina en Méjico

Historia taurina de Vicente Pastor

sentado un pliego mejorando el tipo señalado en la respetable cantidad de 100 pesetas!

Antes de que el nuevo empresario empezase a organizar el cartel del nuevo abono, Vicente toró su primera corrida en Toulouse (Francia) el 24 de marzo, en unión de Pepete, lidiando seis colmenareñas reses de Aleas, y seguidamente empezó a prepararse para poner en juego toda clase de recomendaciones apenas tuviese nuevo empresario el actualmente desaparecido caso de la carretera de Aragón.

Hecho ya público el nombre del sustituto de Vicente en la explotación del palenque madrileño, rigieron los «tiros» contra el señor Mosquera por el nombre de Vicente volviéndose a figurar en los carteles madrileños, y estimando don Indalecio que se había venido cometiendo una injusticia con Vicente Pastor, no vaciló en complacer a los recomendantes del torero.

¡Bien es verdad que las pretensiones del postergado no podían ser más modestas, pues su único anhelo era sólo figurar en el cartel de abono, aunque fuera con una corrida, sin condiciones en el precio y en la fecha que el empresario tuviera por conveniente!

Apenas tomó posesión de la Plaza Mosquera, no tardó en aparecer, fijado en los sitios de costumbre, el cartel con las corridas de abono con los siguientes nombres: Antonio de Dios, Conejito; Jesús García, Algabéño; Ricardo Torres, Bombita; Rafael Molina, Lagartijo Chico; Rafael González, Machaquito; Vicente Pastor, Castor Ibarra, Cocherito de Biltá; Tomás Alarcón, Mazzantinito, y Antonio Boto, Regaterín.

El número de estas corridas era el de seis, y las ganaderías anunciadas las siguientes: Veragua, Miura, Esteban Hernández, Benjumea, Aleas, Halcón, Arribas y Biencinto.

¡Bien se veía que la nueva Empresa quería servir a los abonados, dándoles toros de vacadas prestigiosas y de leyenda, e incluyendo en el cartel el nombre de matadores de toros madrileños, por los que no venía sintiendo simpatía el anterior empresario, y menos su representante, don Jacinto Jimeno.

Inmensa fué la satisfacción de Vicente al verse, ¡al fin!, en el abono madrileño, y mayor la de los aficionados «pas-

toristas», porque iban a ver de nuevo a su torero alterando con los ases de la torería, bien seguros de que Pastor no los dejaría en mal lugar.

Viven aún muchos en la creencia de que la rehabilitación de Vicente Pastor se debe al alejamiento de Ricardo Bombita y Machaquito, con motivo de la ruptura de éstos con Mosquera, ruptura famosa de la que a su debido tiempo he de ocuparme con la extensión que merece tan interesante episodio en la historia del toreo.

¡Más lejos de la verdad. Vicente volvió a torear de nuevo ante la afición madrileña, y demostrado queda con la cita del anterior cartel de abono, Ricardo y Rafael se hallaban en buenas relaciones con el famoso don Indalecio, y las primeras actuaciones de Pastor fueron brillantísimas, colocando su nombre y su reputación a una gran altura, sin que tuviera para éllo que aprovecharse de la ausencia de los entonces primates de la torería.

Sentado bien este hecho, vamos a ver ahora cómo Vicente se presentó de nuevo en Madrid, cosa ocurrida el día 6 de mayo con la lidia de seis buenos mozos del marqués de los Castellones, alternando con Lagartijo y Machaquito.

La reaparición del diestro madrileño constituyó un verdadero éxito. Al toro Tiznadio, corrido en tercer lugar, lo mató soberbiamente sacando rota la pechera de la camisa, y al sexto, Muletero, le propinó otra gran estocada, resultando con la taleguilla destrozada. Las ovaciones fueron ensordecedoras y salida de la Plaza triunfal.

En vista de este triunfo, que se comentó durante muchos días entre los aficionados, Mosquera le incluyó en la combinación de la corrida verificada el 12 del citado último mes, despachando con Conejito y Regaterín toros de Pérez de la Concha.

En esta segunda corrida, Pastor confirmó su anterior triunfo, siendo ovacionado en sus dos toros, a los que mató de otras dos formidables estocadas, siendo cogido y volteado aparatosamente por su primer toro al entrar a matar.

Una revista taurina como *El Toreo*, que ciertamente no se había distinguido mucho enjuiciando en sentido favorable a Pastor en su primera etapa de matador de toros, decía a propósito de este triunfo: «¡Bravo, bravísimo, señor Pastor! ¡Así se hace cuando un hombre

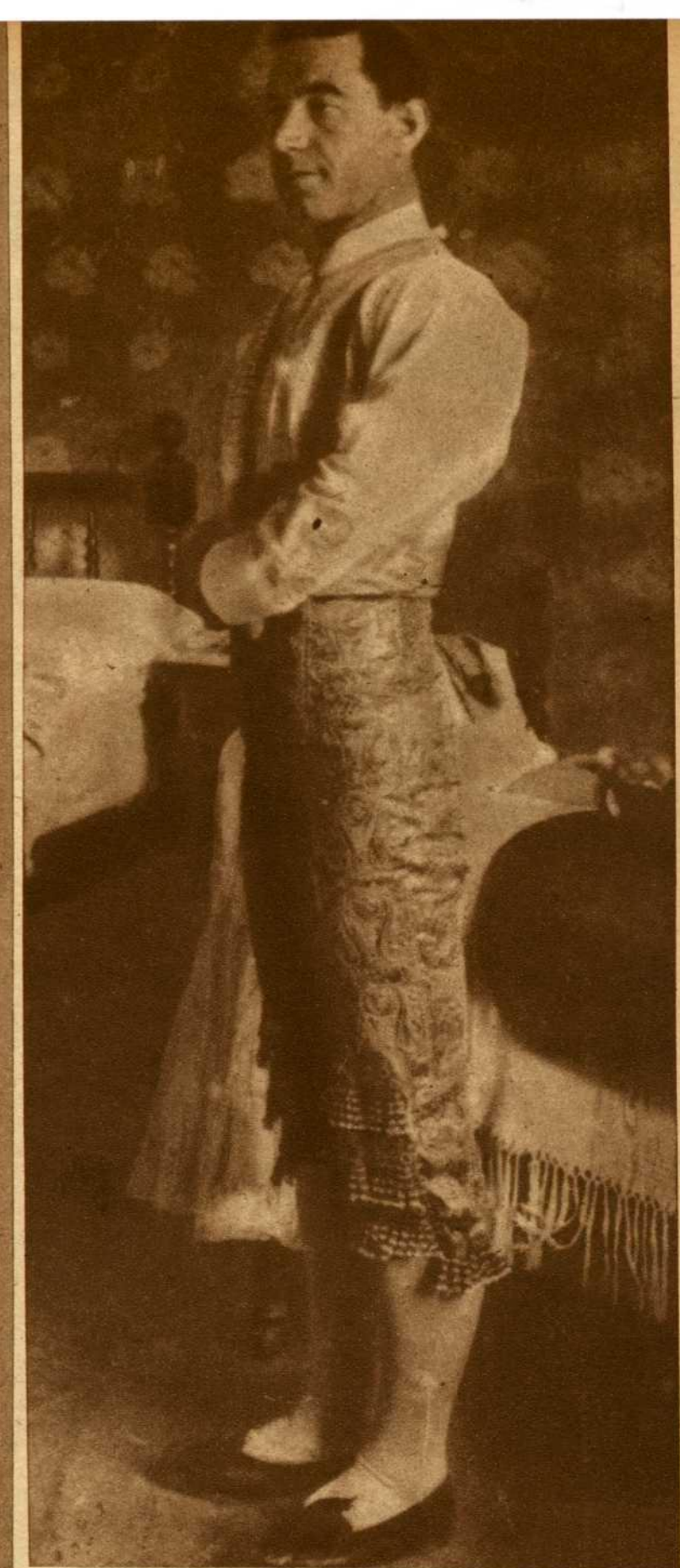
Tres éxitos consecutivos.—¡Siete mil reales por corridal—La faena con el toro «Cotorrito», de Hernández.—«El león de Castilla»

se quiere auar sin más ayuda ni más recomendación que la del mérito de su trabajo!»

Y como, según el dicho popular, no hay dos sin tres, en la corrida celebrada el 30 del susodicho mayo, con Antonio Fuentes y Algabéño, toros de don Esteban Hernández, Vicente triunfó de nuevo toreando con la muleta al toro Cotorrito, corrido en tercer lugar, al que le dió cuatro pases altos superiores, cuatro naturales y uno de pecho, empuñando siempre la muleta en la mano izquierda, faena que coronó con un volapié enorme, entrando a herir en corto y por derecho, asombrando al toro, que rodó por la arena, mortalmente herido, como un carrete. La ovación con que fué premiada la faena fué enorme, dando la vuelta al ruedo y no cesando de oír palmas hasta la salida del siguiente cornúpeto.

Mató de otro gran volapié al astado que cerró plaza, siendo de nuevo ovacionado y sacándole los entusiasmos aficionados en triunfo por la puerta grande, aquella puerta inolvidable de la llamada por entonces Mezquita del Torero.

Tres triunfos redondos y continuados en la principal Plaza de Toros de España. Vicente Pastor, ya hecho y formado, tenía asegura-



El «Soldado romano» vistiéndose para torear en los tiempos de sus grandes éxitos como estoqueador

XIV

SATISFECHÍSIMO regresó a España Vicente Pastor con la invernal campaña realizada en Lima, en la que estoqueó dieciséis toros en las siete corridas consecutivas que toreó.

De éstas, se celebraron en noviembre, el 11 y 18, las dos primeras, con reses del propio empresario, alternando con Algabéño.

En las circunstancias ya expresadas, siguió toreando el 2 de diciembre, con dicho espada y Saleri, cornúpetas del citado Calmet.

Ambos espadas también alternaron con Vicente, reses de Asín, el día 9, repitiendo con bovinos del mismo ganadero el siguiente 16, en unión, en esta ocasión, de Francisco González, Faico, y el susodicho Saleri.

Otra vez éste último, con Algabéño, formaron la terna con Pastor para despachar astados de los mentados criadores en el espectáculo efectuado el 23, y en la corrida final de su breve y provechosa temporada, celebrada el 30 del último mes del año 1906; Vicente mató tres toros de Asín, Faico uno y Saleri dos, anunciados de esta manera en los carteles porque la referida temporada había culminado en el interés que despertó el torero de la calle de Embajadores y la Empresa estimó conveniente hacer la com-



do el porvenir y los aficionados que desde el primer momento creyeron en este torero se encontraban locos de entusiasmo, y más corridos que una mona aquellos taurinos del Café Inglés que tomaban a chacota al que llamaban «chaquetón», cuando sin torear apenas, cuidaba de sus facultades, dando grandes paseos hasta el Hipódromo, por si alguna vez llegaba el momento que le fueran necesarias.

En Francia toreó nuestro protagonista tres corridas a raíz de hacerlo en Madrid. El 23 de junio, en Toulouse, con Minuto y Saleri, toros de Peñalver; el 7 de julio, en Nimes, astados de Anastasio Martín, con Morenito de Algeciras, y en Burdeos, el 21, fieros brutos de Aleas, alternando con Minuto.

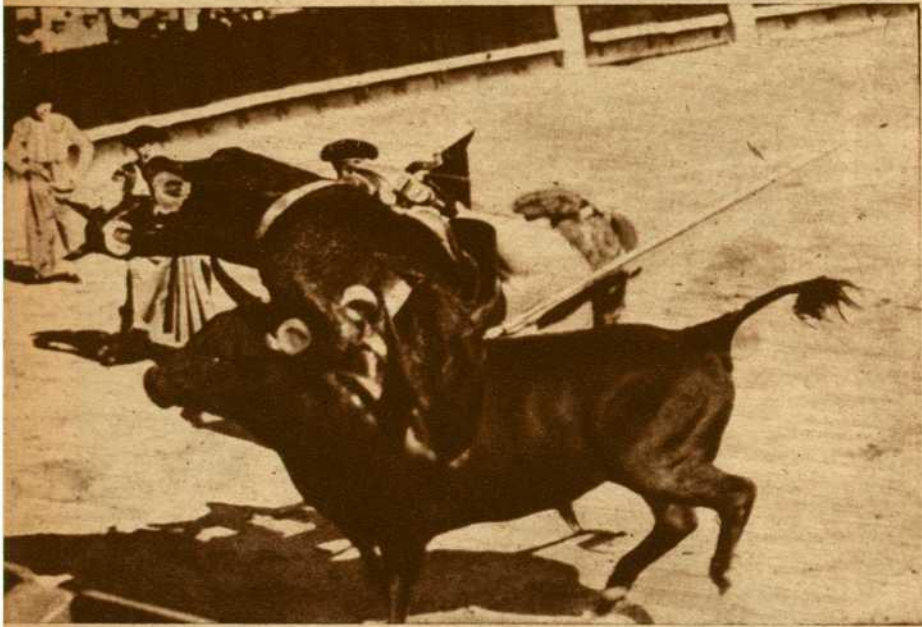
Con Lagartijo y Rerre actúa en Cartagena el 4 de agosto, bovinos de Coruche; el 15 siguiente lo hace en Málaga, despachando Urcolas en unión de Morenito de Algeciras y Bienvenida, padre de los actuales matadores, y en San Sebastián se presenta el 18, lidiando, con Cocherito de Bilbao, Regaterín y Mazzantinito, toros de Miura.

Entonces empezaron a llamarle «El león de Castilla».

DON JUSTO

Petismo y antipetismo

Por FELIPE SASSONE



El toro, y no de los actuales, ha entrado con su poder al caballo, que a cuerpo limpio ha de aguantar la embestida, desprovisto de peto

Y el lector dirá al leer el título: ¿Con qué se comen esos dos vocablos horribles?

En efecto, son horribles, y el ilustre escritor mi buen amigo don Francisco de Cossío, el primero en cuya prosa veo usada una de sus formas —«antipetista»—, declara en una interviú: «Yo soy también eso tan feo de decir.»

El tecnicismo taurómico, que suele ir a buscar sus definiciones sintéticas y pintorescas en la germanía, está lleno de vocablos feos. Es más, en las Plazas de Toros se altera el lenguaje y hasta el ánimo. Hombres educados, algunos no fumadores, cuando van a la fiesta se dejan en casa la urbanidad y se llevan un cigarró puro, por donde casi puede decirse que cambian sus costumbres, y muchas personas comedidas y pulcras, allí sólo pierden pulcritud y comedimiento y lanzan palabrotas que jamás pronunciaron ni pronunciarán en otro sitio. Esta es otra eficacia: ejemplar de catarsis griega que tienen las corridas de toros. A veces, el circo taurino es el ruedo de las injurias; pero allí los insultos acaban por no tener valor, y de eso saben mucho algunos picadores que se forran de corcho la dignidad por no perder la paciencia cuando los aficionados pierden la educación.

De picadores se trata, o, por decirlo mejor, de la suerte de varas, y los dos vocablos horribles se refieren, el de «petistas», a los que abogan por los caballos con peto, y el de «antipetistas», a los que quieren el caballo sin ninguna guarnición defensiva. Los segundos, los «antipetistas», son los aficionados de calidad. Ellos abogan por la fiesta de toros en toda su bárbara grandeza, como era en otro tiempo, no muy lejano, que todavía alcanzamos los cincuentones: cuando los picadores salían al ruedo antes que

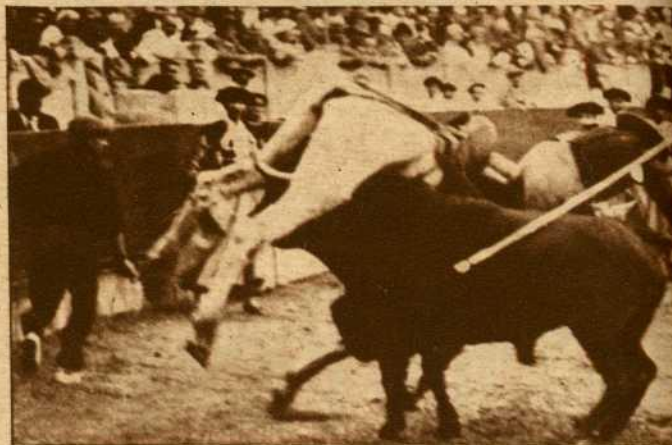
el toro y lo esperaban a la izquierda de los toriles, sin peto el caballo y sin nadie al quite, por donde el animal, al estrellarse con ellos, se «rompía» antes de haber estado solo en la Plaza enterándose de lo que no debía enterarse entre el mareo de los capotazos de los peones. Los «antipetistas» son los que saben que sin peto no se le puede hacer impunemente eso que hoy llamamos «la carioca» al toro chico, destrozándole a lanzazos mientras el picador cuarteaba con el caballo y busca la salida pasándose por delante de la cabeza del toro, en vez de despedir a éste por el pecho de la cabalgadura volviéndola hacia

la izquierda. Los «antipetistas» son los que saben que no es posible pedir el toro con romana; trapío y poder si además de los puyazos que ha de recibir en el morrillo, que es por donde más copiosamente sangra, no puede enganchar, cornear, suspender al caballo y echárselo sobre los lomos, que es con lo que se «rompe», se ahorma y llega a las manos del matador medio dominado para que le acabe de dominar. Los «antipetistas» saben que si el caballo tiene peto, el toro no enganchará sino muy raras veces y no podrá fatigarse con el romaneo y el peso del caballo suspendido, y tienen la convicción de que todo esto es necesario cuando se trata de un verdadero toro, al cual, de otra suerte, no podrá hacerle faena ni matarle con arte el lidiador. El «antipetista», en fin, echa de menos la bárbara belleza que prestan a la fiesta las caídas, las conjunciones de piquero, caballo y toro en grupos de animada escultura, llenos de una plástica grandiosidad y de una emoción de peligro que eran uno de los más grandes atractivos de la fiesta. Las fotografías instantáneas que acompañan estas líneas lo pueden demostrar mejor que mis palabras.

Los «petistas», por el contrario, son los sentimentales amigos del caballo, los enemigos del toro, que acaban por ser enemigos de los toreros de a pie y de la fiesta. De todas maneras, aun usando el peto, los caballos mueren, aunque en menor cantidad, porque la suerte de pica así lo exige y así está constituida; y aunque es buen arte de buen picador salvar su cabalgadura, raras veces puede conseguirlo, precisamente por la mala calidad de los caballos, viejos, defectuosos, maltrechos, que, teniendo en cuenta la única consideración posible, se usan en tan peligroso juego. También mueren a tiros de es-



La lucha entre el caballo y el toro es una de las suertes que más se admiraban, cuando el auxiliar del picador no conocía lo que eran las defensas de su esquelético cuerpo



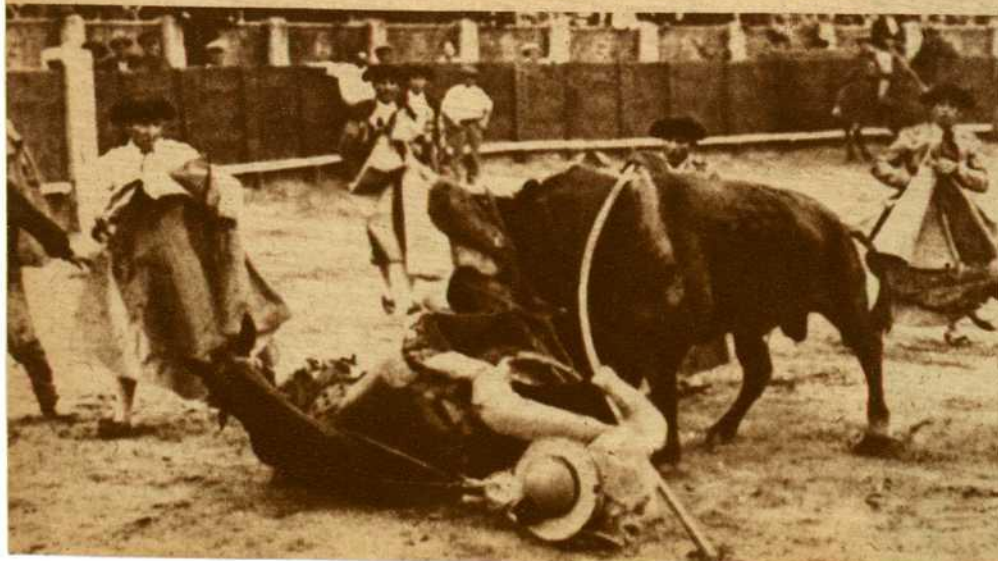
El picador..., la vara... y el caballo han salido lanzados, ante la arrancada del toro. Y el toro ha salido indemne de la suerte

copeta las liebres de los campos, las perdices de los barbechos y las palomas del tiro de pichón, y en ninguna parte está escrito, ni nadie podrá nunca demostrarlo, que todos los cazadores sean sanguinarios. La moral del aficionado a toros, y por ende, la moral del torero, es la misma moral del cazador. Insistamos un poquito en la eficacia purgativa, parecida, y la citamos otra vez, a la catarsis de los helenos, y reconozcamos que en el cuadro emotivo, luminoso y sangriento de las corridas de toros, da el español rienda suelta a su sentido trágico de la vida, y casi todo el que en su grada del tendido se siente tan feroz como el toro es después, por lo mismo, por cansancio de su desahogo, más apacible que un cordero en la vida particular.

Fiesta dionisiaca es la fiesta de toros, y no se puede ir a ella con el aire sentimental, a veces hasta sensiblero, de una solterona feminista ni con el criterio severísimo de un socio de la Sociedad Protectora de Animales. Muy respetable este señor y muy plausible su buena intención compasiva y franciscana; pero habrá de quedarse en su casa por no traicionar sus convicciones, sin que le pueda servir de atenuante para asistir a las corridas de toros el peto, que no es una coraza precisamente, que le pongan a un caballo. Esto además de no olvidarse de que el toro es también un animal tan digno de admiración, que cuando fué bravo, lo aplauden los aficionados después de muerto.

Una de las muchas escenas que tanto se prodigan en el torero actual. Caballo, picador, peto..., todo en unión del toro, forman un grupo poco artístico...

...que en ése sí podemos apreciar. El caballo lanzado por el aire y el picador en los lomos del bicho, cebado con la carne del «jamelgo»



FERNANDO FERNANDEZ DE CORDOBA NO FUE TORERO POR CULPA DE "ROSALIA"

"El estilo actual de torear es de una pureza como jamás ha tenido"

de Fuentes y la segunda vuelta de Quinito. Me acuerdo de muchas cosas, entre ellas la reaparición de Ignacio Sánchez Mejías en San Sebastián. Estaba yo aquella tarde con mi primo Eduardo Palacio Valdés. Toda la ambición de Ignacio era darle un «baño» a Ortega. Y aquel día consiguió sus propósitos. Pero después de matar su toro, al llegar frente a nuestras localidades, me dió tal impresión de fatiga, de agotamiento, que le dije a mi primo: «Este no acaba la temporada». A las dos corridas, ocurrió la tragedia de Manzanares. Y es que Ignacio no debió volver, no estaba en condiciones físicas para poder con los toros...

SE LLAMABA «ROSALIA»...

—¿Ha toreado alguna vez?
—Desde luego. Y soy un aficionado de teoría y de práctica. La primera becerria delante de la cual me puse se llamaba «Rosalia». Es un nombre que no se me olvidará nunca.
—¿Por qué?
—Porque fui a clavarle un par de banderillas y la muy ingrata me mandó ocho días a la cama. Tal-fué la paliza que me dió.
—A pesar de lo cual no se le ocurrió retirarse.
—No. He participado en tientas y festivales. Pero siempre con el pensamiento puesto en «Rosalia». ¡Si yo he toreado hasta en el Extranjero! En Lima y Caracas. En Lima actué en un festejo asesorado por dos matadores de trágico destino: Gavira, a quien aquel año mató un toro en Madrid, y el valenciano Rosario Olmos, que en Madrid también, a su regreso de América, sufrió un cornalón que le obligó a retirarse de la profesión.

AQUELLOS TOROS TAN CHICOS...

Fernández de Córdoba enciende un puro, otro de estos puros a los que no puede renunciar y que se llevan una buena parte de sus ingresos, hasta el punto de que él dice que van a constituir su ruina. Claro que no será tanto, porque el capital de este hombre es su talento artístico, y la renta que de él obtiene, inagotable. Pero vamos a los toros. O, mejor, al tamaño de los toros.

—Lo que han de tener es casta y edad. El que sean grandes o chicos no importa. Mire usted: una vez, en Pamplona, se iban a lidiar unos toros chicos de una ganadería que me parece que era Villar o algo así. Almendro, el banderillero, se presentó en el hotel muy alegre. Ignacio Sánchez Mejías indagó las causas de aquel contento y se enteró que estaba motivado porque los toros eran muy pequeños. Bueno, pues nunca se ha visto rodar tantos toreros como en aquella tarde de toros chicos.

—¿Y el Almendro?
—Sin atreverse a salir del burladero. Con que fiese usted del toro chico. Casta y edad. Eso es lo que han de tener.

«QUIETOS!»

—La faena más completa que guarda mi memoria se la vi a Joselito, en la primera de la serie de despedidas de Rafael, el Gallo. Brindó José al hijo del conde de Heredia Spinola, un niño entonces de cinco años. Cuando salió el toro, dijo: «¡Quietos!» Y del principio al fin lo lidió él solo, con la ayuda de su peón de confianza, Blanquet. Es lo más perfecto que he visto. Admiré a Fuentes con su banderillero. Tenía una escuela personalísima, y era, clavando los palitroques, como Magritas, pero con aquella elegancia que le daban su estatura, lo bien que vestía...

EL GENIO DE LOS GENIOS

—¿Se torea hoy mejor que ayer?
—Hoy se torea con arreglo a lo que exige el público. Quieto, parado. Este toreo no se podría hacer con los toros de antes, porque de un resoplido sólo hubieran acabado con la estatua y con el pedestal. ¡Un resoplido de aquellos que levantaban arena y piedrecitas y hacían hoyo en el suelo! Indudablemente, el toreo hay que hacerlo con arreglo a las condiciones del toro. El de ahora es más chico y más blando; pero, en cambio, el estilo actual de torear es de una pureza que jamás ha tenido. Y se lo dice un hombre que durante dos años ha visto las corridas desde el callejón, que es desde donde se aprecian mejor las dificultades, desde donde se ven las cosas con más claridad y hondura. Enfocada así la cosa, he de decir que la emoción y el clasicismo majestuoso de Manolete no tiene precedente. Para mí es el genio de los genios del toreo.

—Se dirá.

UNA PROFESION DURA

—Lo de ver los toros de cerca, se presta a hacer muchas observaciones. En Quito, donde estaba yo actuando con la compañía Guerrero-Mendoza, me presté en una ocasión a ser mozo de estoques de Chanito. Fué entonces cuando por primera vez estuve con un torero en esos momentos de vestirse en el hotel, y me impresionó profundamente el estado de ánimo del torero cuando se prepara para ir a la Plaza. Esta impresión la he corroborado luego en otras ocasiones. Aquel día, Chanito le quería brindar un toro a don Fernando Diaz de Mendoza, y cuando yo le estaba entre-



gando los trastos en el burladero, me preguntó: «¿Oye, qué le digo?» Le tuve que repetir cinco o seis veces la frase, y en el momento de brindar le soltó una cosa completamente distinta. Quizá sea que el torero, en esos momentos, sólo piensa en el toro...

En esa corrida de Quito comprendí del todo lo dura e ingrata que es esta profesión del torero.

—¿Cómo fué eso?
—Porque cogió a un torero indígena que alternaba con Chanito. La enfermería era peor que una carbonera, sin luz eléctrica, con sólo un paquete de algodón y unas tijeras. Con estos simples elementos y a la luz de una vela le hicieron la primera cura a aquel pobre muchacho...

DE MACHAQUITO A MANOLETE, PASANDO POR JOSELITO

—¿Conoce a muchos toreros?
—A bastantes. A Litri lo conocí en San Sebastián. Era de un fatalismo terrible. Le habían dado una cornada grave hacía ocho días. Y como yo lo sabía, le pregunté extrañado: «¿Pero va usted a torear mañana?» Me contestó que sí, que el médico le había dicho que si se dejaba cortar los labios de la herida, dos enormes rebordes de carne, le vendaría de tal manera que podría salir... ¡Y salió! Amistad tengo con Marcial, Chicuelo, Manolete, Curro Caro, Maravilla, Manolo Escudero, Manolo Martín Vázquez... Con Juan Belmonte, después de su retirada. A Joselito, en cambio, no llegué a tratarle, a pesar de mi partidismo por él. Porque yo fui gallista, a pesar de que antes fui machaquista y parece que por esta línea debía estar más de acuerdo con el toreo de Belmonte. Pues no. Primero, machaquista, luego joselista, y ahora manolete. Un torero que me gustó extraordinariamente fué Curro Puya, el desgraciado Gitapillo de Triana.

LA PROXIMA TEMPORADA...

—Quedamos en que...
—En que la fiesta de toros va a más, y el paso definitivo será en la próxima temporada, que revestirá caracteres de lucha y pasión desconocidas y será muy dura para los toreros.
—¿Le falta o le sobra algo a la fiesta?
—Le sobran las puyas. Se precisa una reforma de estas puyas, que están hechas para los toros de antes, pero que son un arma mortífera para los de ahora. Hay que reformarlas de acuerdo con el toro actual.
—¿No le hubiera gustado ser torero?
—Sí. ¡Me hubiera gustado tanto!
—¿Y por qué no...?
—Porque me faltó valor.
—¡Hombre!
—Todo el que guardaba me lo quitó «Rosalia»...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Yo soy un viejo aficionado, pero no un aficionado viejo.

Con estas palabras empieza nuestra entrevista con Fernando Fernández de Córdoba, el gran actor del teatro y de la pantalla, del que cuentan que en uno de sus contratos hizo constar la salvedad de que estaría todos los días en el Estudio menos aquellos en que hubiese festejo en la Plaza de Toros. No sé si esto será verdad; pero muy bien pudiera serlo, dada la entusiasta afición de este Fernando Fernández de Córdoba, viejo aficionado, pero no aficionado viejo.

EL MAYOR DISGUSTO

—Y soy viejo aficionado porque empecé a ir a los toros cuando era un chaval. Pongamos que tuviera diez años. Me llevaba mi padre, que estaba abonado a una delantera, y el mayor disgusto que se me podía dar era castigarme a no ir a ver la corrida por haber obtenido malas notas en el colegio. Era tanta mi afición, que las tardes de corrida, cuando llegaba a casa, todavía con la fuerte impresión colorista y emocional de lo que había visto en la Plaza, escribía críticas y crónicas detalladísimas y era para mí como si volviera a ver el festejo.

—Y, ya mayor, ¿no sintió usted la tentación de seguir escribiendo de toros?

—No, no. Nunca. Como, siendo actor, nunca se me ha ocurrido escribir obras de teatro, a pesar de que algunas veces me lo han propuesto.

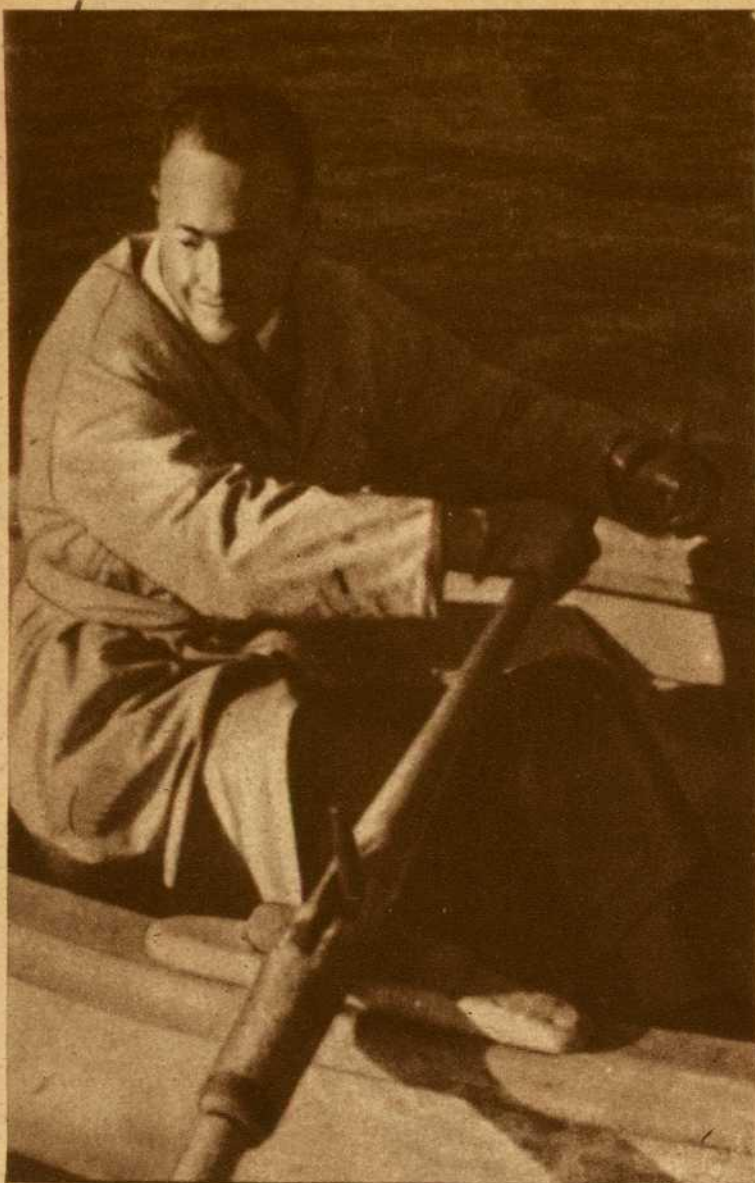
CUANDO IGNACIO VOLVIO

—¿Cuál es el recuerdo taurino más lejano que guarda usted?

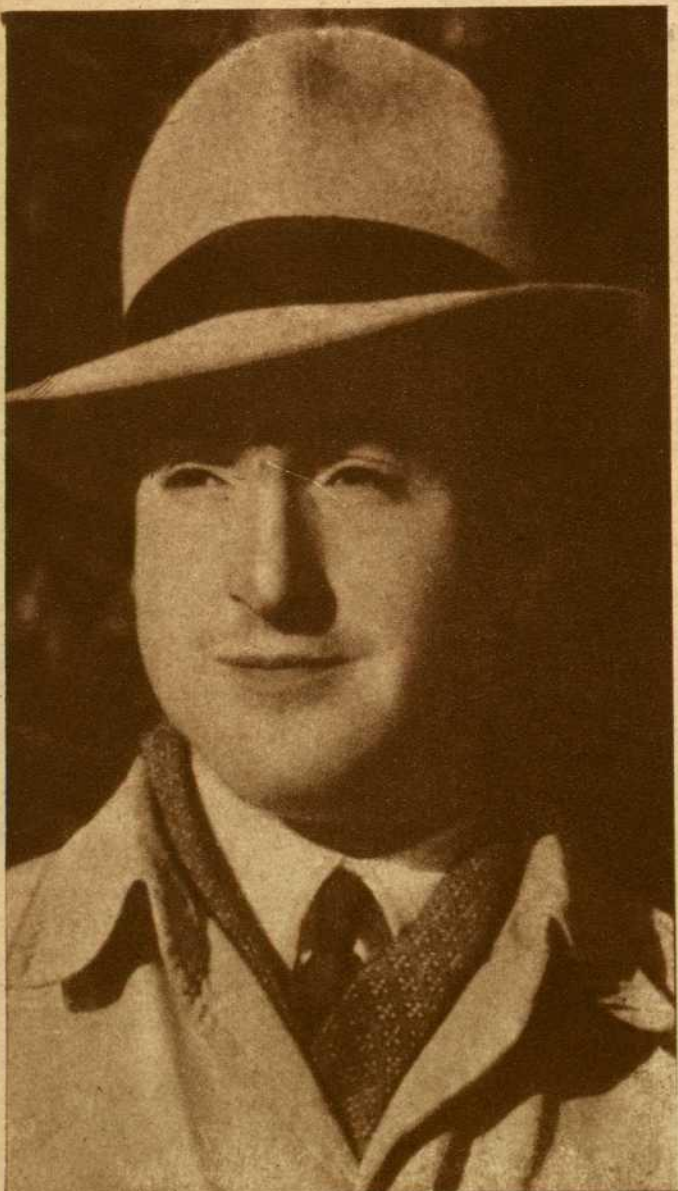
—Verá, verá... Yo alcancé las postrimerías

CHARLA DE FIN DE TEMPORADA

“La próxima campaña será muy dura para cuantos no somos primeras figuras del toreo”



Eugenio Fernández, Angelete, por las “plácidas aguas” del estanque del Retiro, se entrena para la próxima temporada



Angelete, durante su charla con nuestro colaborador

A principios de la temporada pasada hizo concebir el torero cacereño las mayores esperanzas. Sus brillantes campañas de novillero en 1941, 42 y 43, cortando orejas en cuantas corridas intervenía, púsole en condiciones inmejorables para el ascenso a matador de toros.

Eugenio Fernández parecía decidido a no defraudar a los que aun siguen creyendo y confiando en su arte, que son, en verdad, muchos todavía.

Pero la desgracia —en este caso, por lo menos, habrá que creer en ella— se interpuso y una campaña empezada bajo los mejores agüeros languideció hasta quedar en un total de diecisiete corridas.

¿Causas? Una y muy poderosa. La «jetadura» de este muchacho cuantas veces pisó el ruedo de la Plaza de Toros de Madrid. Pero de esto nos hablará luego el propio interesado.

En esta misma temporada de 1944 fueron muchas las tardes, en provincias, en que Angelete pudo demostrar su arte serio y sincero, su conocimiento en el arte de torear y su sencillez y facilidad para conseguir triunfos muy estimables.

Lástima que la suerte no le haya acompañado al que tanto puso de su parte para avanzar hacia la conquista de un primerísimo puesto, retardado por explicables contingencias.

En fin: creo que la verdadera historia de Angelete no ha comenzado todavía para cuantos esperamos verle en el coso del Cerro del Aire junto a las figuras señeras del toreo. Entonces podremos contrastar el verdadero valor del sobrino de Angel Fernández, el primitivo Angelete.

Refiriéndose a la última temporada, Angelete puede ufanarse de su honradez profesional al afirmar:

—Si yo dijera a usted que estaba satisfecho plenamente de mi labor, ni le diría verdad, ni los que me conocen bien pasarían a creerlo. El más severo crítico de mi labor soy yo mismo, y en mi ánimo pesa más la irregularidad de mis actuaciones en Madrid que mis éxitos en provincias, sin que esto sea desdeñar ni menospreciar a ninguna de las Plazas de Toros de España.

—¿Quieres explicar las causas que, a jui-

cio tuyo, han hecho fracasar tus buenos deseos para con la afición madrileña?

—El tiempo y el ganado. He aquí los dos imponderables que ejercen un decisivo influjo para labrar el triunfo o el fracaso de cuantos toreros aspiren a conquistar un éxito en la Plaza de las Ventas. En cuanto a ésta, yo creo debiera estar protegida por una cubierta que la preservara del viento huracanado. Tres veces intervine la pasada temporada, y Eolo y «los marrajos» que me tocaron en suerte fueron las zarzas donde se me enredaron mis posibilidades de vencer en toda la línea.

El día de la confirmación de mi alternativa hacia una excelente tarde. Por añadidura, me salió un toro que en el transcurso de la lidia fué a mejor. Pues bien: coger espada y muleta y desencadenarse una tormenta con todo su juego escénico de rayos, truenos y relámpagos, fué obra de instantes.

—Tendrás que hacerte un seguro con los elementos atmosférico. Y ¿dónde tuvo lugar tu tarde mejor?

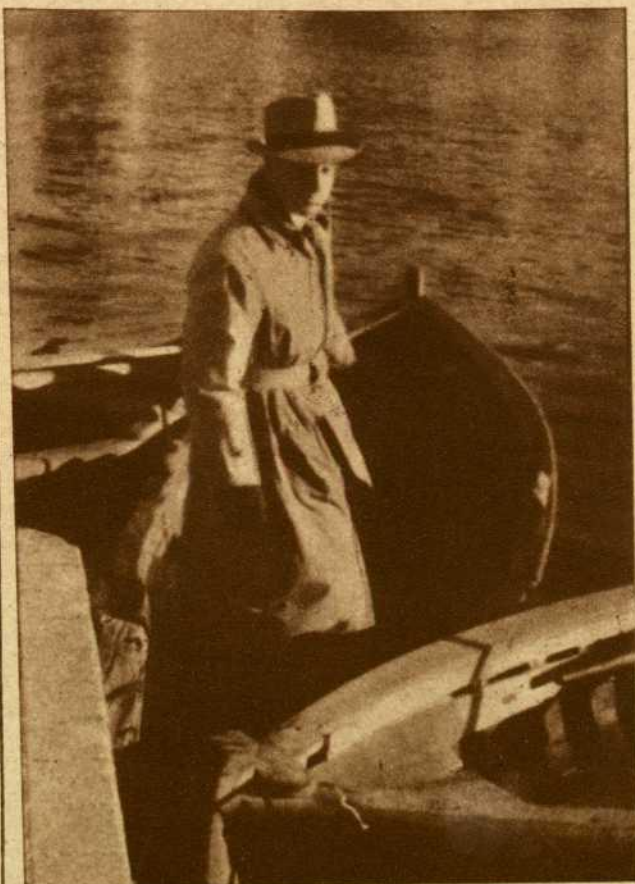
—En Castellón, el 11 de junio, en una corrida en la que también intervinieron Gitanillo de Triana y Morenito de Valencia, con ganado de Clairac. Corté orejas en el primero, y en el otro, aun habiendo estado mejor, perdí los trofeos del toro por mi mala suerte a la hora suprema. No obstante, me sacaron en hombros.

—¿Y esa tarde de la que todo torero no quiera acordarse?

—Tuvo lugar en Málaga, el 18 de julio. Había estado bien en todos los tercios, y al entrar a matar conseguí una buena estocada, por lo que la gente empezó a sacar los pañuelos. Pero al torito le dió por «amorcillarse» y allí fué Troya. Intenté el descabello de todas las posturas y al cabo lo conseguí, pero para entonces ya había escuchado los avisos.

—¿Cómo realizas tus entrenamientos?

—Acudiendo a cuantas tientas puedo. En la ganadería de Antonio Cambrano intervengo durante bastante tiempo. Por cierto que abundan las manifestaciones de reciente lealtad. Mario Cabré acerca la inutilidad que los toreros reportan reear vacas de retien. Estos animalejos



Embarcándose, para hacer músculos, con vista a la próxima actuación

ANGELETE habla para EL RUEDO

"Tarea difícil la de superar los actuales estilos de torear; pero esto mismo se decía viendo actuar a Belmonte, y sin embargo..."

—sirven para que primerísimas figuras —ayer un Joselito y hoy un Ortega— lleguen a conocer la forma de defenderse de los astados más resabiados.

—¿Tus proyectos para la próxima campaña?

—Poder triplicar el número de corridas de mi anterior y llenar todas las paredes de mi casa con las orejas de los toros.

—¿Cómo crees que será aquélla para los toreros?

—Dura y de una lucha enorme, por lo menos para cuantos no estamos colocados como primeras figuras. Como siempre ocurrió, los carteles se montan a base de los fenómenos, y para completarlos existen seis o siete toreros de parecidas condiciones. Todos los demás conseguirán actuar de higos a brevas.

—¿Cuál es el anverso y el reverso de tus conocimientos profesionales?

—Creo que es con muleta y capote con lo que estoy más centrado. Mi punto flaco es la espada, pero yo no he de parar hasta consumir la suerte a la perfección.

—¿Te causó gran sensación el ascenso a matador de toros?

—El nervosismo del día de la alternativa queda pronto disipado al comprobar que el trato otorgado por los públicos viene a ser, con poca diferencia, el dispensado mientras uno es novillero.

—¿En qué Plaza sales a torear más complacido?

—En Madrid, sin duda alguna.

—¿Quieres explicar esta preferencia?

—Madrid siempre es la Plaza de más responsabilidad y su público el que más motivos tenga para entender de toros. Por si fuera poco, es en ella donde los triunfos se traducen en muchos contratos para provincias. Y de este asunto creo que puedo hablar con conocimiento de causa.

—¿Prefieres la época de descanso o la que sucede de plena actividad?

—La época de trabajo es la única que proporciona halagos y dinero. El descanso, al principio, se coge a gusto; pero la uniformidad de la vida campera —caza, galgos, quitación—, pronto trae el aburrimiento como secuela.

—¿Junto a qué compañeros preferirías actuar?

—Con todos, y en trance de distinguir, con los que estén mejor situados, por ser mayor el estímulo para llegar a igualarles.

—¿Toreas hoy con mayor o menor gusto que cuando empezaste?

—Mi satisfacción de ahora es infinitamente mayor por saberme más cuajado cada año que pasa, por torear ganado más limpio, disponer de cuadrillas más disciplinadas y, sobre todo, por la categoría de los compañeros con los que se compete. Todo esto da un tono y una altura inigualada ni aun para el novillero más boyante.

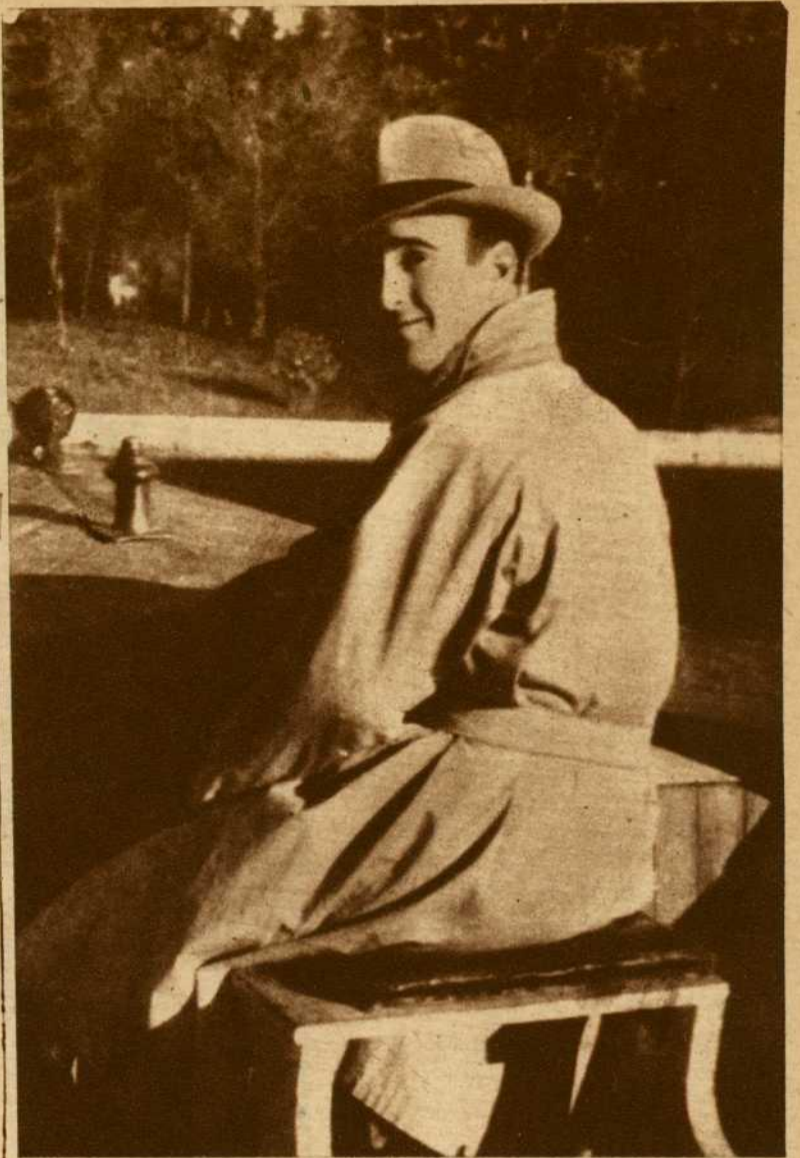
—¿Crees que se pueda llegar a torear mejor que en los actuales tiempos?

—Me guardaría muy mucho en afirmar lo contrario. Ahora bien: siempre será muy difícil la tarea de mejorar los presentes estilos. Pero esto se dijo también en la época de Juan Belmonte, y ahora se ha visto lo infundado de tal afirmación.

—Para concluir, ¿quieres recordar el momento en que mayor sensación de miedo experimentaste?

—El día de mi despedida de novillero. Ocurrió en Corella (Navarra), en una corrida en la que también intervinieron Paco Bullido y El Choni. Por tener que pasar éste a la enfermería, hube de hacerme cargo del toro más peligroso que vaca alguna pudo traer al mundo. El bicho

—maestro en toda clase de marrullerías— parecía dispuesto a llevarnos a todos a los dominios de los médicos. Banderilleros y picadores, con muy justificado recelo, tenían no sólo que contener con el bicho, sino también con un público airado hasta el paroxismo. En cuanto a lo que yo hice, sólo recuerdo que lo maté al último pinchazo. Cuesta poco afirmar que la sensación de miedo en los toreros no es ningún motivo de sonrojo. Lo que se nos clava como un dardo en el ánimo es que nos lo descubran los demás. Y en Corella lo vieron hasta los ciegos.



Una pose artística tomada en una mañana en nuestro primer paseo público



Un poco de reposo después del ejercicio hecho aprovechando el recreo



Otra expresión típica de Eugenio Fernández Angelete

F. MENDO

Sigues andando con garbo,
Campaneando el mosquero,
amartillando en el piso
con bracear jaramero.
¡Tu cuello de garza real!

¡La proporción de tus tercios!

¡El brillo de tu mirada!
¡La finura de tu pelo!

¡De verdad que eres bonito!
Pero...
¡ya estás viejo!

Todavía..., todavía...,
sin apoyarte en el hierro,
cambias de mano, con arte,
en un galop₂ sereno...,
y das paso de costado...,
y sobre el cuarto trasero
te revuelves limpiamente,
marcando claras los tiempos...,
y si el parón se te pide
en seco, clavas los remos
y te quedas embebido...;
pero...
¡ya estás viejo!

Para que nadie se entere,
en poco te comprometo.
Hace tiempo que lo noto
y confesarlo no quiero;
pero...
¡me diste, ayer de mañana,
tan mal rato en el rodeo!

¿Cómo podía sospechar,
que por culpa de tu miedo,
se me vaciaron del palo
uno a uno los becerros
¡Pobre!

Fuí duro contigo...
Con los estribos vaqueros
te hice sangre en los cuadriles,
y los gallos te midieron
de la cincha a los ijares.

Y... ¡no era miedo tu miedo!,
sino ¡el poder!, que los años,
poco a poco, se comieron.

Luego, caí en que tembla-
[bas.

Recuerdo
que el aire tocaba un silbo
en tus ollares abiertos.
Tu pelo —joro de ley—,

¡POBRE CABALLO BONITO!

FAROLERO

Por JOSE CARLOS DE LUNA



en el crisol del rodeo,
se volvió tordo vinoso

y tus ojos —¡dos luceros!—
llameaban de locura,
desorbitados y secos.

Mira:

Anoche no quis₂ verte.
Me dió miedo
de echarlo todo a barato;
hacerte en la estancia hueco
y que presiaras servicio
con un guarda o un jatero.
¡Pobre!...

Lo tuve pensado;
pero...

yo quiero ser justo
antes, incluso, que bueno,
y...

¿Qué culpa tienes tú
de ser viejo?

Vengo a pedirte perdón...,
a que me sigas queriendo.

Todos te requiebrarán,
porque yo seré el primero
en decir, que es mi caballo
flor de los caballos buenos.

¡Pobre caballo bonito!

¡Faroleeeero!...

Dejaré que la garrocha
se empolve en el garrochero;
y... ¡estáte tranquilo, hombre!

Si vamos a tentaderos,
luciremos nuestro garbo
retirados del rodeo;
¡lejitos de las colleras
que puedan comprometernos!
Que acá, a la gente curiosa,
si atsig₂ con sus ruegos,
yo le diré... que estoy gordo,
que me asfixia el ajetreo...,
que tengo reuma en un bra-

[zo...

¡¡que estoy viejo!!

Para que a ti te requiebren
gritaré a los cuatro vientos
que eres canelita en rama,
Farolero.

¡Más valiente y más segu-
[rol...

¡Más ligero!...
¡Pobre caballo bonito!...
¡Farolero!...
¡Faroleeeero!



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA BODA DE UN TORERO

QUIZÁ debido a la aureola que rodea a todos los astros coletudos, aun a aquellos que no lograron brillar en los ruedos, las bodas de los toreros han sido siempre sonadas. O por lo menos así lo ha creído el vulgo, aunque el espada, por motivos económicos, se contentase nada más que con la ceremonia. Pero, no; estos hombres que luchan constantemente con la muerte

fecha, con mucho más motivo. Y es entonces cuando amigos de importancia acuden a la fiesta y hasta sirven de padrinos.

Este es el caso de Cocherito de Bilbao, de quien es la foto que encabeza estas líneas. Artista de fama en su época, pues estaba considerado como el torero de más prestigio, después de Bombita y Machaquito, en el momento de contraer matrimonio. El ganadero señor Urcola —de levita y sombrero de copa—, el que le apadrina. Así que no es de extrañar el rumbo de aquella boda, en la que la fotografía no es más que un anticipo de lo que vendrá después. ¡Fiesta y ágape por todo lo alto!

Si que habríamos de retroceder unos años para darnos cuenta de la elegancia de la novia —una distinguida señorita de San Fernando de Jarama—, pero no hace falta mucha imaginación para asegurar el porte digno de este grupo, flanqueado de mantillas y coronado por la aristocrática chistera del ganadero señor Urcola. Entre ellos, Cocherito muestra su arrogancia norteña y torera, que tantas veces asomó a los ruedos de todo el mundo taurino.

Boda de tronío, a la que todos los chicuelos del barrio asomarán las narices.

Los chicos de entonces que soñaban con la muleta y el estoque abrirán mucho sus ojos y su imaginación para que les quepa

todo aquel lujo que ellos piensan alcanzar algún día. Y será el comentario de todas las encrucijadas de los alrededores; y algún atrevido, algo deslumbrado, adelantará el momento de arrojar a la Plaza con un trapillo rojo liado debajo de la chaquetilla, para alcanzar antes la gloria y los billetes.

Importante es la boda—rumbo y garata—de un torero.

Aunque éste se apellidare Jaureguibeitia.

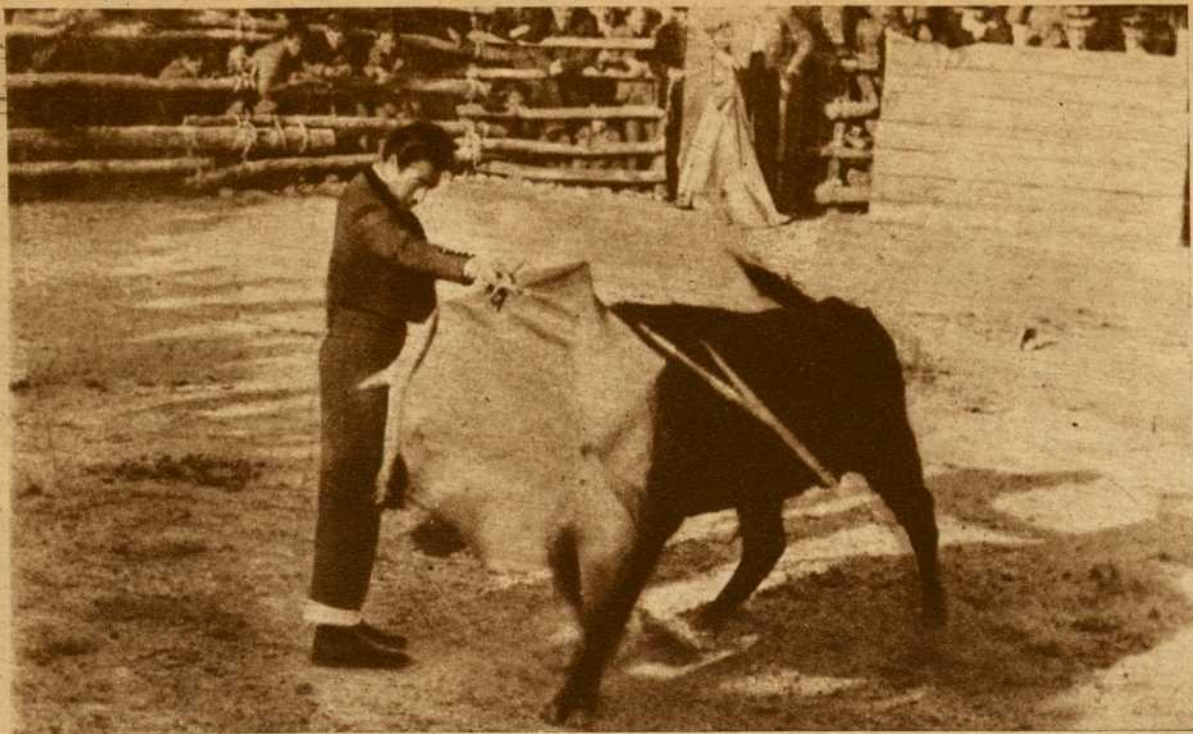
Que más bien suena a pelotari... o «asi»...



te le tienen poco apego al dinero, y en cuanto unos billetes caen en sus manos los desparraman generosamente. Y si esto es en cualquier ocasión, con mucho más motivo lo han de hacer en un momento tan trascendental de su vida como es el de su boda. Por eso, podemos asegurar que el enlace de un torero es siempre de «tronío».

Si éste está en el candelero en tan señalada



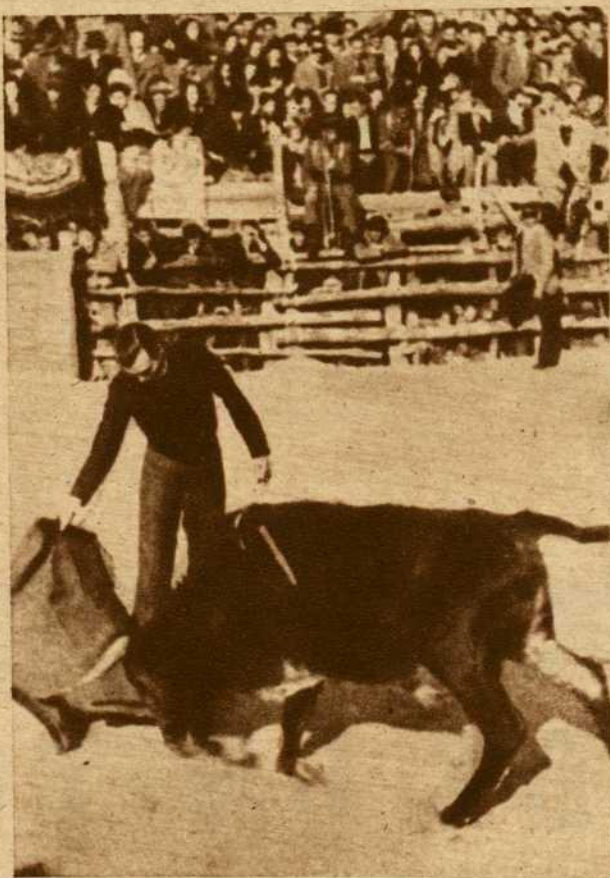


El gitano Albaicín en un pase por alto a su novillo, en el festival del domingo en Navalcarnero

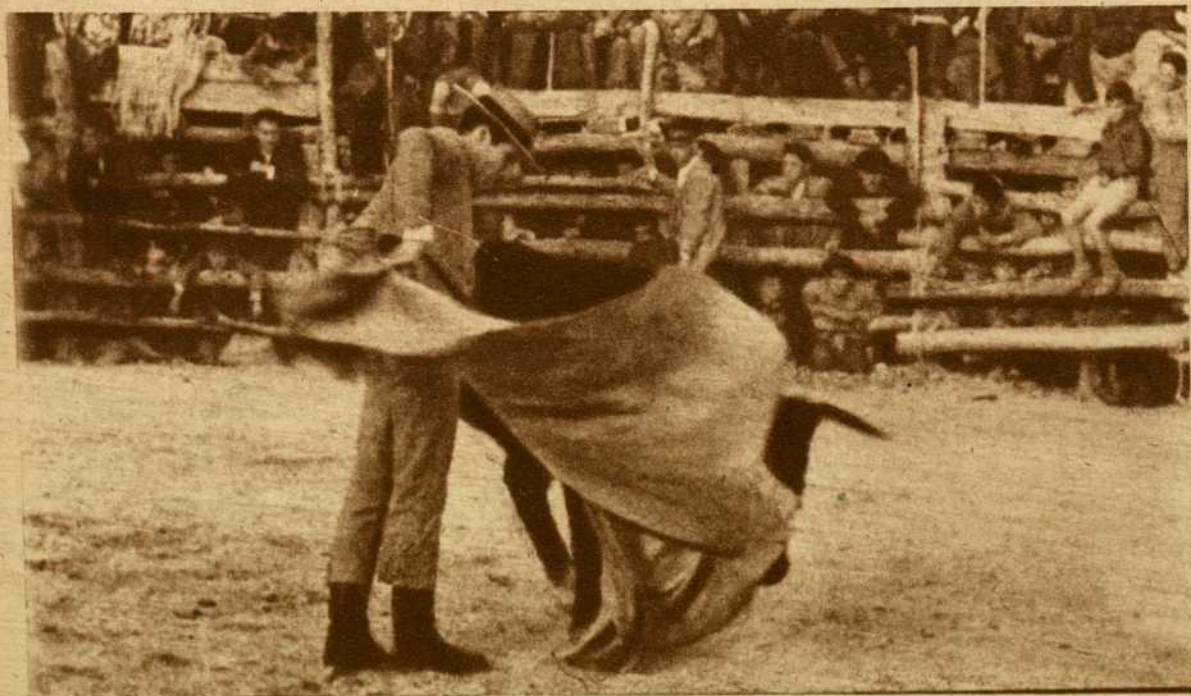
FESTIVAL BENEFICO, EL DOMINGO, EN NAVALCARNERO



Un adorno de rodillas de Domingo Ortega



El diestro de Borox en un pase de muleta



Angel Luis Bienvenida rematando unos lances de capa con una revolvera



Domingo Ortega, visto el domingo en Navalcarnero

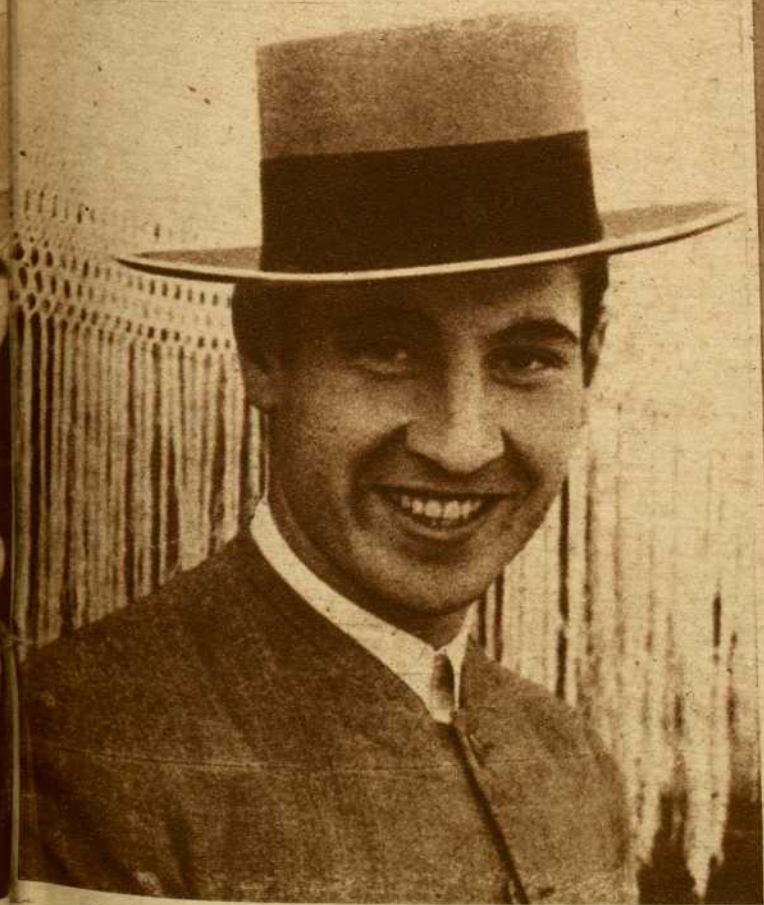


Rafael Albaicín durante la fiesta de Navalcarnero

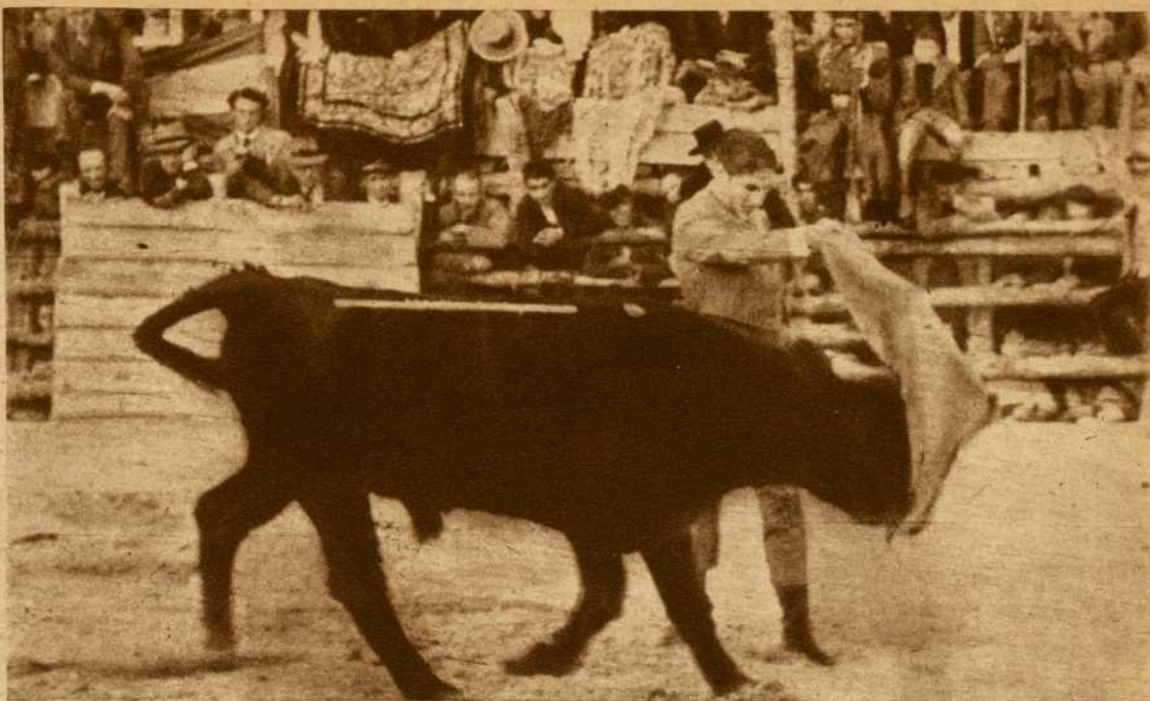
**Domingo Ortega
Pepe Bienvenida
Rafael Albaicín
Angel L. Bienvenida**



Pepe Bienvenida en el festival del domingo



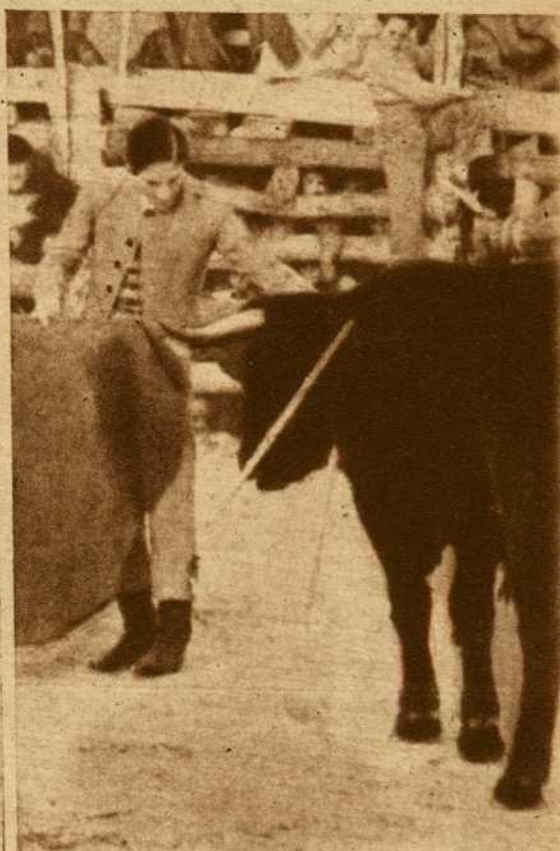
Angel Luis Bienvenida ríe, satisfecho, mientras observa la lidia



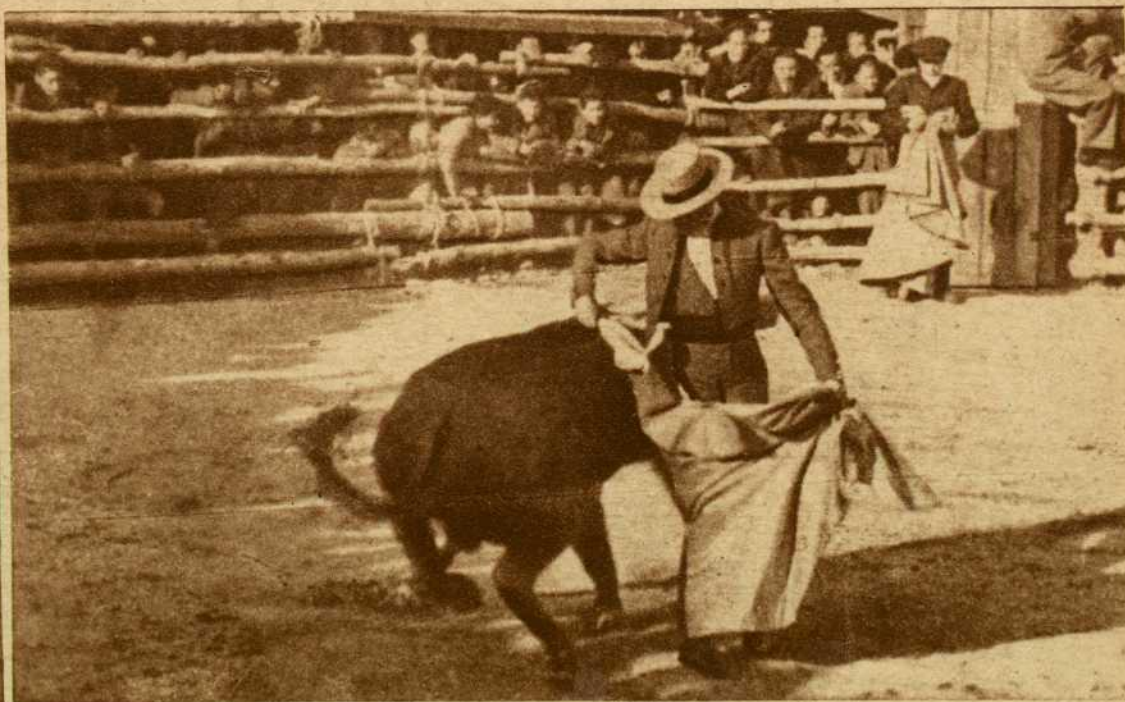
Un pase de pecho de Angel Luis Bienvenida en el festival del domingo en Navalcarnero



Pepe Bienvenida citando para entrar a matar



Un adorno de Angel Luis Bienvenida



Rafael Albaicín toreando por chicuelinas, en el festival benéfico de Navalcarnero (Fots. Marí.)

EL TOREO CEÑIDO

Los toros "comodos" o "incómodos"

Por CHAVITO



Un pase de pecho a un toro "cómodo"

Cuando el torero, en un sereno arranque de valor y arrogancia, expulsó de su terreno al toro, de ese terreno que los antiguos, y algunos menos antiguos diestros, le concedieron a los astados y que jamás se atrevieron a adentrarse en él. Cuando el torero apropió el terreno a las fieras, en ese punto y hora quedó echada la suerte y quedó convertida en necesidad la reforma de la cabeza, tamaño, forma y casi casi colocación de los pitones de las reses bravas.

Al ceñirse el torero, al dejar que los cuernos de los toros le pasasen tan cerca, tan cerquísima, que en más de una ocasión se ha escrito y descrito cómo "las cerdas de la piel del enemigo quedaban prendidas y clavadas entre los bordados de oro del traje de luces". Al ceñirse tanto el torero que "las pezuñas del toro, al pasar, le arañaban los tobillos", no se cayó en la cuenta de que ese toro al centímetro o al milímetro requería y sólo se podía llevar a la práctica con las reses pobres de cabeza, recogidas de cuerna.

Los espectadores, sin darse cuenta de lo que ahora creen un mal, se entregaron en cuerpo y alma a jalearse y a cantar las glorias y las sublimidades del torero inverosímilmente ceñido.

El torero buscaba, con lógico afán, el toro de escasa cuerna, y los ganaderos se dedicaron a producir mercancía taurina adecuada al momento y al estilo ceñido, y... fué entonces cuando apareció en el argot taurino lo del toro "cómodo" o "incómodo", según sus astas.

Y para lograr y llevar a la práctica esa "comodidad", o sea, "la ventaja que resultaba de la conveniente disposición de ciertas cosas con arreglo al uso a que se las destina", el torero buscó lo "desembarazado, manejable, útil, que ofrece comodidad", y dió de lado a la "incomodidad", o sea, a la "molestia, daño, perjuicio, disgusto o enojo; y el diestro, entonces, rehusó lo "desazonado, inquieto, intranquilo y falto de comodidad".

Nadie pensó y nadie cayó en la cuenta de que el torero, para torear como tanto gusta y como a tanto se le ha obligado, necesita, que es la palabra justa, el toro recogido de cabeza, de pitones cortos, de cuerna pequeña, con la pala más saliente que las propias puntas, y así, y sólo así, puede ceñirse de forma tan inverosímil como lo hace.

Los ganaderos, vuelvo a decir, reformaron las dimensiones y configuración de las astas, y sacrificaron vacas descaradas de pitones, y seleccionaron sementales bonitamente encornados, pero escasamente encornados.

Con el toro "cómodo", el torero, muy dentro del terreno del astado, le aguanta, le espera, para marcarle la salida, sin casi apenas despegar el brazo del engaño, del cuerpo, y la res (como una de las que aparecen con estas líneas) pasa rozando al diestro; pero sin el peligro de llevarse prendido.

Con el toro "incómodo", el torero, no ya tan dentro del terreno del astado, le aguanta y le espera igualmente para marcarle la salida; pero ya lo hace despegando el brazo del engaño del cuerpo, y la res (como la otra que aparece con estas líneas) no puede pasar rozando al diestro, al que, con las astas peligrosas, se lo llevaría prendido en ellas.

No se ha querido pensar o, simplemente, no se ha pensado, que el torero, al seguir la moda impuesta, al tener que ceñirse siempre y en poquísimo espacio, busca lo fácil o "cómodo" y desecha lo "incómodo" o "difícil", y como las corridas de toros no son espectáculos de cogidas y percances, los toreros, repito, exponen ceñiéndose, pero no jugando la vida con una res de cabeza con la que no es tan factible el torear en corto y ceñido.

Dirá alguien que los toreros de antes torearban toros con buenos y aun con muy desarrollados pitones, y no seré yo quien niegue tal cosa; pero si les recordaré a los que tal hagan cómo se toréaba y cómo se torea.

Alguien argüirá que todos los toros tienen su lidia, y no seré yo quien niegue tal cosa; pero, a mi vez, diré a gritos: ¿Pero es que ahora se deja lidiar?



Un pase de pecho a un toro "incómodo"

Nuestra contraportada

ANTONIO REVERTE

Por BARICO



ANTONIO Reverte nació en Alcalá del Río el 28 de abril de 1870.

Trabajaba en el campo y se aficionó pronto a torear en capeas y tentaderos. Toreó en su pueblo, en Burguillos y en La Algaba, y en 1890, después de hacer su presentación en Sevilla, era ya muy conocido por los públicos andaluces. Su triunfo en Cádiz, el 19 de octubre de 1890, tarde en la que alternando con Litrí, estoqueó toros de Murube, hizo que se interesara por él grandemente la Empresa de la Plaza de Madrid. Logrado el contrato, se presentó Reverte en Madrid el 19 de julio de 1891, alternando con Juan Gómez de Lesaca y Litrí en la lidia de seis toros de diferentes ganaderías. El de Alcalá mató aquella tarde un toro de Trespacios y otro de Carrasco. Gustó tanto la actuación de Reverte, que el 26 del mismo mes volvió a torear en Madrid, con Bonarillo, reses de Vicente Martínez. Nuevo éxito del matador andaluz y nueva actuación, el 13 de agosto, alternando con Bonarillo en la lidia de seis novillos de Udaeta. A partir de sus éxitos en Madrid, Reverte es una gran figura del toreo. Se le señalan defectos, sobre todo al matar, porque aun cuando arranca en corto y por derecho y pone mucho valor en la ejecución de la suerte, no sabe vaciar; pero ya tiene una personalidad acusada y su nombre ha alcanzado altísima cotización. Es sin duda el novillero más popular de España cuando se señala la fecha del 8 de septiembre de 1891 para su alternativa.

El día 3 resulta cogido en Palencia y hasta el 16, casi sin poder andar de resultados del citado percance, no puede doctorarse en Madrid. Alterna con Guerrita en la muerte de seis toros de Saltillo —el de la cesión se llamaba Toledano—, y aunque queda bien no logra la actuación que el público —que no tuvo en cuenta las condiciones en que Reverte salió a torear— esperaba de él.

A raíz de la herida que el toro Grillito, de Ibarra, le produjo el día 3 de septiembre de 1899, en Bayona, las facultades y los arrestos del torero quedaron muy reducidos, y aunque conseguía algunos triunfos, ya Reverte no era el mismo. En 1902 fué a torear a Méjico. Se creyó que a su vuelta de América anunciaría su retirada, pero no fué así. En 1903 toreó en Marsella, el 6 de septiembre, su última corrida, con Morenito de Algeciras y Revertito, estoqueando reses de Benjumea. Regresó a Madrid y decidió ponerse en manos de un cirujano para ser operado de un tumor que se le había producido en el hígado. La operación se llevó a buen término; pero sobrevino una complicación, y Reverte falleció en Madrid el 13 de septiembre de 1903.

Aláver fué trasladado a Alcalá del Río.

¿SE ME HA MUDAO LA COLOR?

Nadie supo dónde había aprendido Reverte a dar sus famosísimos recortes capote al brazo. Cierta que alguna vez ejecutó tal suerte algún matador de fama como recurso; pero nadie antes de él llegó a dar hasta diez o doce recortes seguidos y nadie alcanzó, ni ha alcanzado más tarde, la maestría a que llegó Antonio en tan arriesgada y lucida suerte.

Se cuenta que cuando Reverte iba con sus compinches de aventuras taurinas al campo, vió cierto día que en un corral cerrado había un toro de mucho respeto. Invitó a sus amigos a torearlo y como ninguno se determinase a poner en práctica lo que creían una locura, saltó solo Antonio al corral, y mientras sus compañeros presenciaban lo que ocurría desde la tapia, él, con su chaqueta, se hartó de dar recortes al bicho. El número de las veces que el bruto fué burlado, no se sabe. Quedó al fin el toro sin fuerzas para nuevas arrancadas, inmóvil y jadeante, y entonces Reverte se volvió hacia sus admirados compañeros para preguntarles: «¿Se me ha mudao la color?» No se le había mudao la color. A los espectadores de aquella enorme demostración de valor, sí. Ninguno de los muchachos supo qué responder a Reverte; pero él ya sabía bastante. Sabía que con sus recortes capote al brazo podía dominar toda clase de toros y decidió ser torero.

Hemos apuntado ya que la carrera taurina de Antonio Reverte Jiménez fué rápida. No poco influyó en su encumbramiento lo que los escritores taurinos de la época dijeron en su elogio.

Mariano del Todo, Sánchez Neira y otros escritores de aquellos tiempos elogiaron al torero de Alcalá del Río en términos encomiásticos que le convirtieron en ídolo popular, llevado y traído en romances y coplas.

ALFONSO MARTINEZ,

apoderado de ALVARO DOMECCQ,

afirma que la fiesta de toros está en su gran momento

"Nunca se ha toroado como ahora; eso de que cualquier tiempo pasado fué mejor, es una frase hecha, como otras muchas, que se dicen por decir algo"



En las fotos, cuatro momentos de Alfonso Martínez, en su charla para EL RUEDO

(Fotos Manzano)



ALFONSO Martínez, andaluz y simpático, tiene la risa amplia y cordial del hombre bueno, el optimismo del que camina firme por la vida y la clara inteligencia que da la competencia y la autoridad de saber de lo que se habla.

Y de toros —gran aficionado este Alfonso Martínez, hasta nuestra guerra representante de automóviles— hemos charlado por espacio de una hora larga, dejando en el cronista —limitado apenas a escuchar y asentir— el regusto de parecerle corta su amena parla, llena de sutilezas y matices, en un verdadero curso de arte taurino ante el panorama actual de la fiesta, en los albores de la temporada tan próxima a comenzar.

—Ante todo, puedes afirmar rotundamente, en contra de todo eso que se dice en el mundillo intransigente de las canas, que por mucho que nos lo aseguren, como ahora se torea no se ha toroado nunca. Ni tan cerca ni con más arte.

Soy, naturalmente, por mi edad, aficionado de este siglo. Y no he visto, por tanto, a aquellos colosos de otros tiempos maestros en tauro-maquia y espejo de toreros buenos. En el recuerdo de todos están sus nombres: Lagartijo, el Guerra, Frasuelo, el Espartero, Revarta...; pon los que quieras, sin remontarnos a las épocas primarias de los padres del toro: Pedro Romero, Pepe-Hillo, Desperdicios y tantos otros ilustres profesores, que en sus dilatadas vidas jamás toroaron en el inverosímil terreno que ahora torea el más modesto novillero.

—Sí; pero aquellos toros...

—¡Esa es otra! Ya es mucho tópico lo de los toros grandes. En verdad, que el toro antiguo era muy distinto al de ahora ajustado, por necesidad, al toreo de hoy; pero puedes creerme que no hace falta que salgan búfalos por los chiqueros para que la fiesta tenga emoción y riesgo. El toro de los tiempos de nuestros abuelos tenía, posiblemente, el poder que ahora no tiene, y su tamaño era causa, precisamente, de aquel toreo, por fuerza despegado y a distancia, a que obligaba la cabeza ampliamente empuñada, y como consecuencia, la necesidad de lidiar, más que torear, no buscando otra cosa que el modo de librarse de los tremendos derrotes de la res, con más o menos ciencia.

—Entonces, tú eres partidario del lance bonito, más que de la verdadera lidia.

—De ninguna manera. Créo que se pueden aunar las dos cosas. Ahí tienes el caso de Manolete. El cordobés, para mí, actualmente, el mejor torero —yo he sido siempre belmontista, como lo era mi padre, hasta el punto de que, cuando habíamos de Juan en casa, nos poníamos de pie—, lidia y torea. Por eso parece que todos los toros que mata son fáciles, cómodos y apenas sin poderío, y no hay nada de eso. Lo que sucede es que Manolete ha dado con la fórmula; esa fórmula que parece tan sencilla y, sin embargo, sólo en él radica. Al toro hay que confiarlo, domarlo, para que llegue dócil al último tercio y se deje torear. Desde que sale del toril hay que observarlo, corregir sus resabios, ver pronto sus defectos. Este es el secreto de Manolete: darse cuenta en seguida del enemigo que tiene delante. Y como esto —grandes colaboradores son sus peones— lo ve en seguida y le encela con la genialidad de su arte y la magia de su muñeca, los toros de Manolete parecen distintos a los de los otros toreros. La fórmula es bien sencilla. Lo que hace falta, para aplicarla, es tener afición, personalidad y valor para ejecutar en cada caso lo que la res requiere. No olvidemos que el toro va a lo que se mueve, y en el toreo de



Alfonso Martínez abraza a Alvaro Domeccq el día que éste hizo entrega de lo ganado con su arte para los niños pobres del Oratorio Festivo, de Jerez (Foto Mari)

Manolete lo único que se mueve, y muy despacio, es el capote y la muleta.

—Hablemos ahora del rejoneo.

—Tengo la suerte —continúa Alfonso Martínez— de apoderar al mejor rejoneador de España. Me refiero a Alvaro Domeccq, ese gran caballero, que se lo merece todo por bueno y por cristiano. La suerte del rejoneo ha alcanzado por él la máxima dignidad, y en Domeccq se da la coincidencia del buen torero y extraordinario jinete.

Ha unido la escuela española con la alta doma, y lo que en otros es difícil, para Domeccq resulta fácil. Por ser tan buen caballista, el noble bruto va tranquilo hacia el toro, sabiendo siempre que lleva sobre él al hombre que, en el caso de peligro, sabrá salvarlo. El toreo a caballo es una suerte clásica y tradicional en España que requiere afición y constancia. Alvaro reúne su conocimiento del toreo con la constante labor, fatigosa, de la doma. Conoce además el temple y el sitio. Todo ello junto hacen que el rejoneo tenga hoy el rango de una de las suertes más interesantes de la fiesta.

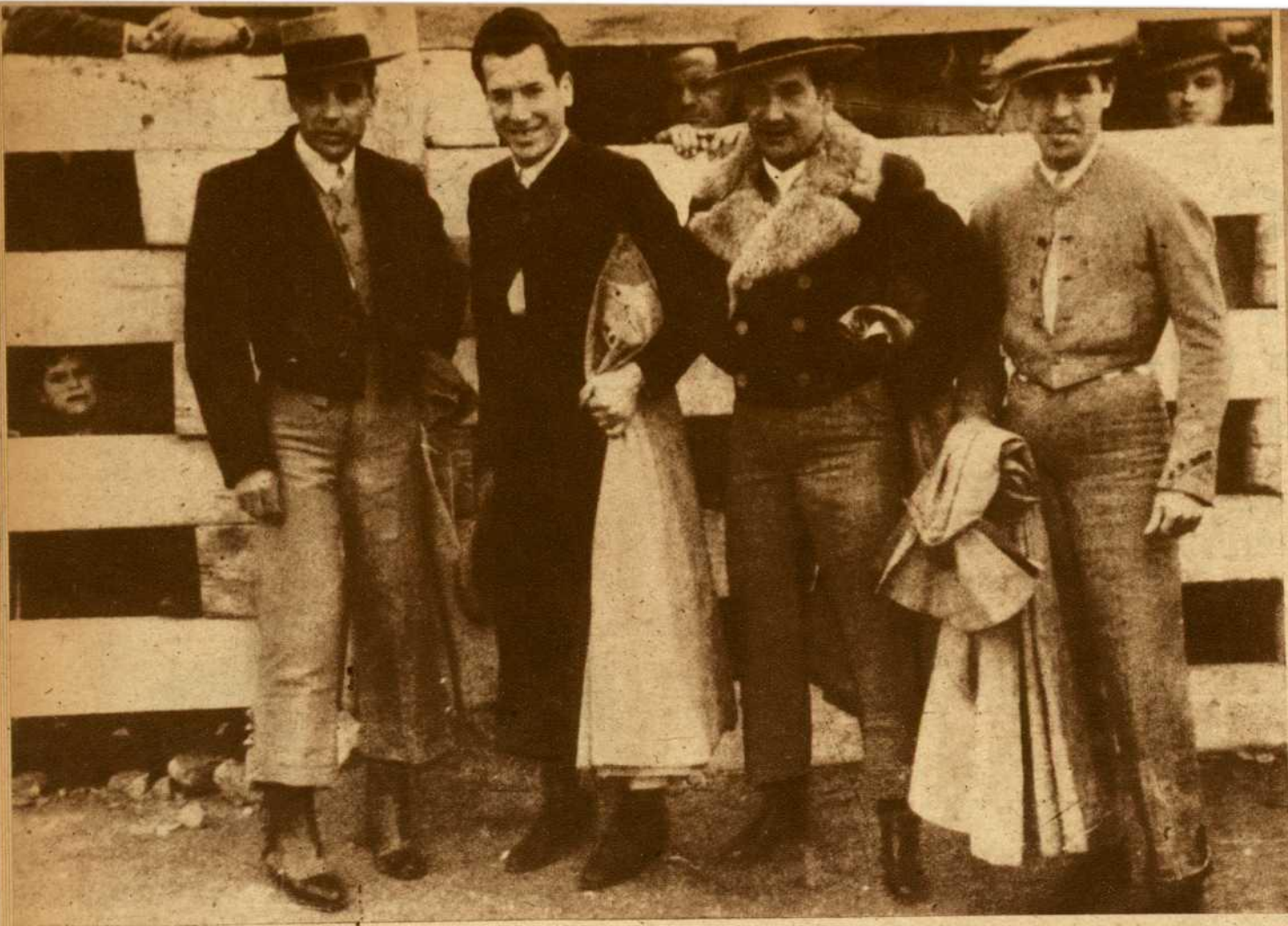
—Y volvamos —insisto— al toro. Hoy es el tema de actualidad.

—Creo que estamos de acuerdo en que no hace falta que tenga un tamaño desmesurado. Buen peso es el de 280 a 300 kilos. Lo que es preciso es que tengan casta, origen. Tampoco es menester esas cornamentas desproporcionadas, que obligarían, por fuerza, al toreo a distancia. Genio, sí, temperamento, bravura. Hay ganaderos que se cuidan mucho de esto, que saben seleccionar y que no venden más que los que reúnen tales condiciones para la lidia. Otros —no digamos nombres— se olvidan de ello ante la demanda. En el pecado llevan la penitencia, porque al aficionado no se le engaña tan fácilmente. El toro salmantino está de forma que satisface el gusto de los espectadores, y por eso muchos toreros lo prefieren. Yo, sin embargo, me quedo con el andaluz, con más genio y, si quieres, con más trapío. Pero no olvido que en Salamanca está uno de los ganaderos más escrupulosos de los tiempos actuales: don Antonio Pérez es su nombre, y su ganadería, una de las más cuidadas que tenemos y donde se seleccionan con más esmero las reses.

—¿Cómo ves la próxima temporada?

—Magnífica. El toreo está hoy en su gran momento. Cuanto más competencia, mejor para la fiesta. Lo que es preciso es que haya pugna y discusión en el tendido, y esto sólo se consigue con el partidismo. Vengan de donde quieran venir los buenos toreros, que aquí los tenemos superiores. La fiesta precisa del calor de la controversia y del fuego de la emoción. ¡Si volviésemos otra vez a los tiempos de Joselito y Belmonte!

MIGUEL LUCENA



Maravilla, Luis Mata, Morenito de Talavera y Pepe Iglesias, preparados para hacer el paseo de las cuadrillas, en el festival del domingo en Valdemorillo



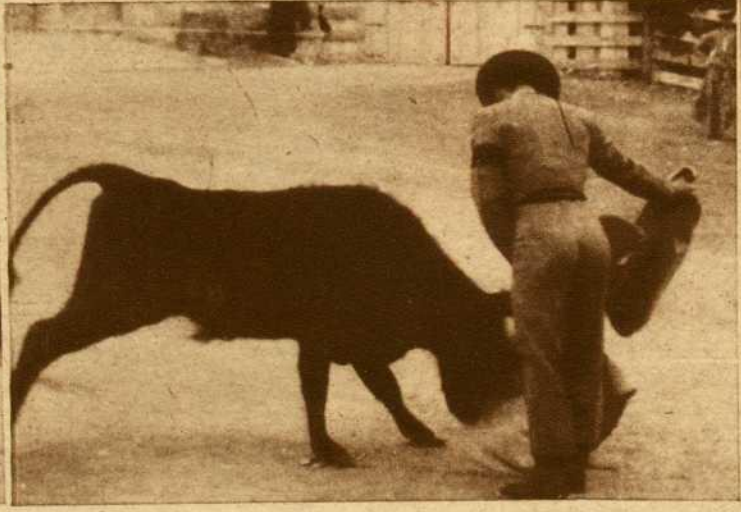
Antonio García, Maravilla

FIESTA DE TOROS EN LA SERRANIA

MARAVILLA, MORENITO DE TALAVERA y LUIS MATA, en Valdemorillo



Arriba: Luis Mata toreando ante un público asomado a los balcones de las casas del pueblo.
Abajo: El novillero aragonés clavando un par de banderillas



Arriba: Morenito de Talavera apretándose en un lance.
Abajo: Las cuadrillas haciendo el paseo



Arriba: Morenito de Talavera.
Abajo: Luis Mata





¡Ya vuelven!
(Dibujo de Perea.)

¿Vienen volviendo? Antonio Perea



Toreros célebres: Antonio Reverte

Suplemento del periódico "El Mundo" de Madrid, 1934